

LUIS CORNEJO



IR POR LANA...

LUIS CORNEJO nació en Santiago de Chile en el año 1930. Estudió teatro en las universidades de Chile y Católica. Trabaja como actor profesional desde 1950. Estudió Cine en la Universidad Católica y ha producido y dirigido muchas películas. Recientemente se ha hecho una retrospectiva con dos de sus realizaciones en "EL BIOGRAFO". Allí se proyectaron el largometraje "EL FIN DEL JUEGO" y el cortometraje "EL ANGELITO". Desde el año 1986 ofrece sus libros en la Plaza de Armas de nuestra ciudad. Sus libros recorren el mundo, según le comunican sus compradores, que los mandan a sus familiares que viven en el extranjero. También están en las más prestigiosas bibliotecas de las más importantes Universidades del mundo. De ello se encarga una empresa especializada en exportar libros a esos recintos de estudios.

Biblioteca Nacio



1563924

ONAL DE CH



19 8 1813

HA - 54)

1.

INDICE

	Páginas
Los Maniquíes	7
El Ayudante	29
Seguros de Vida	51
La Boda	93

© by Luis Comejo

Es propiedad del autor
Inscripción N° 71.428

Luis Cornejo

IR POR LANA...

CUENTOS

Segunda Edición
Santiago de Chile
1991

LOS MANIQUIES

MATIAS, sentado en el piso rojo, bastante gastado en las posaderas, acodado en el mostrador, con lánguidos ojos, mira hacia el exterior de su negocio. Algunas mujeres, sin ningún entusiasmo, miran la pequeña vitrina donde tiene expuestos sus artículos femeninos, pero ninguna ha demostrado el menor interés de entrar. Hace dos días que no vende nada. Insulta a las posibles clientas:

"Pasen a comprar, viejas huevonas. Mañana tengo que cubrir dos cheques y no tengo una chaucha. Y eso qué le importa al banco. Me van a cerrar la cuenta y punto".

Se levantó y salió a la vereda a mirar su vitrina que daba a la calle. Era un pequeño negocio, pero con tres metros a la calle y eso demandaba un arriendo costoso, aparte del derecho de llave. Había invertido todo su desahucio de profesor universitario

en el negocio y nada funcionaba. Sofia, su vendedora y compañera de cama, revisaba unas cajas. Miró los sostenes, calzones, portaliqas, panties y saltos de cama, que se amontonaban sin mucho gusto en el escaparate.

"Tienen razón para no entrar". Llamaré a un buen vitrinista.

Llegó a su café y compró un express, y se encaminó a la barra. Las azafatas mostraban sus bien formados traseros con esas minifaldas tan apegadas a sus nalgas que invitaban a íntimas caricias. Junto a él, un hombre cuarentón, con insignia de abogado en la solapa de su vestón, no despegaba la vista de las muchachas, siguiéndolas en todos sus movimientos. Miró a Matías y le dijo:

- ¡Qué ricos "queques" tienen estas cabritas!

- ¡En verdad son tentadoras!

- Por eso siempre está lleno este café. Estas niñas son la mejor propaganda.

Matías miró el lugar. La larga barra estaba llena de hombres tomando café y mirando las partes más seductoras de las empleadas y sus ondulantes desplazamientos.

"Si yo pudiera hacer algo parecido con mi negocio. La Sofia tiene todo muy bien puesto".

Bebió su café, sin dejar de mirar a los parroquianos que parecían entes encantados, gozando de un maravilloso espectáculo gratificante. Preguntó a su vecino:

- ¿Usted de todas maneras, sin niñas o con niñas, toma café?

- Por supuesto... yo soy cafetómano... pero voy donde las muchachas sean más bonitas y atrevidas. A qué privarse de las cosas buenas de la vida, ¿no le parece, señor?

El abogado siguió bebiendo el café a sorbitos muy cortitos. Después pidió un vaso de soda. Minutos después miró su reloj y suspiró fastidiado. Pidió otro vaso de soda y dio una buena propina a la azafata, y de paso un buen apretón de manos. Ella le sonrió ampliamente. El hombre salió reconfortado, para enfrentar la dura pelea de cada pleito.

Matías de pronto exclamó:

"¡Eso es! ¡Lo probaré hoy mismo!

Caminó rápidamente y muy alegre, silbando una canción de su adolescencia, en dirección a su negocio. Había vuelto a él su inquebrantable optimismo. Ya más de alguien lo había motejado como el más ingenuo de todos los optimistas que pisaban este largo y flaco país de perdedores, donde ser optimista y con ánimos de ganador es muy mal visto; pero él siempre soportaba todas las pullas con una abofeteante sonrisa.

Sofía fue la primera en tirarle el balde de agua helada. Se opuso tenazmente, pero ante la insistencia de su amante, no tuvo más remedio que seguirle la corriente.

Cuando ambos estuvieron listos para la

publicidad, sacaron todos los artículos de la vitrina y colocaron una cortina verde que decía: "Vitrina en preparación". En un momento ambos miraron a la calle y desde fuera parecían monstruos verdes con cabezas y pies humanos.

Matías ordenó:

- Ya... tú primero...

- ¿Pero... te parece bien lo que pretendes hacer?

- ¡Vaya qué pregunta más tonta...!

- Pero es que a mí me parece un asunto inmoral- dijo la mujer abriendo tamaños ojos.

El hombre le saca la bata y la deja en calzones, sostenes y medias amarradas a unos coquetos portaligas.

- Ya, posa como una maniquí. Voy a sacar la cortina.

- Todavía no. Esto debemos discutirlo más. Insisto en que esto es inmoral.

- Si sirve para el negocio es moral. ¿Tú crees que los dueños del café se han preguntado si es moral vestir así a sus dependientes femeninas?

- La mini es la moda. Las lolas andan así por el paseo Ahumada. Pero exponernos nosotros como maniquíes me parece el colmo de la locura santiaguina.

- Todo lo contrario, es una idea fantástica. Una vitrina con maniquies humanos va a ser algo sensacional.

- Entonces, que otros hagan la primera

prueba.

- No. El que da el primer golpe es el que gana.

- Es posible. Pero lo que no me cabe en la cabeza es que tú también vayas a posar con ropas íntimas femeninas... Me parece el colmo, por decir lo menos.

- Míralo de otra forma. ¿Te acuerdas que el otro día te reías de ese hombre que se duchaba y se secaba como si fuera una mujer en una propaganda de la televisión, con gorrito de plástico en la cabeza y toda la coquetería femenina?

- Sí, me acuerdo. ¡Qué absurdo!

- Ahora bien... Si en la televisión los hombres hacen cosas reservadas hasta ahora a las mujeres, como cocinar, lavar, etc, etc... ¿por qué yo no puedo mostrar ropas femeninas? Eso va a divertir a las mujeres y a los maricas que se vistan femeninamente para sus partusas.

- Yo me voy a morir de vergüenza.

- ¡El fin justifica los medios! Aunque yo tenga que lucir, en vivo y en directo, coquetos y minúsculos sostenes, calzones y todo lo demás.

- Pero Matías... amor mío... ¿Tú quieres hacer negocios o exhibirte como una loca desatada?

Matías recibe esa frase como un bofetón en pleno rostro. Aprieta con fuerza a su amante y le dice desafiante:

- Sofia... No puedes dudar de mi mascu-

linidad, verdad?

La mujer siente en sus partes sensibles los dotes varoniles de Matías que la tienen clavada a su carro por tres años.

- Soy testigo de que eres muy macho, hasta ahora. Pero esto de ponerte ropas femeninas... ¿Tienes escondidas fantasías eróticas inconfesables?

Matías se defiende como gato de espalda. Es verdad que al colocarse las diminutas prendas femeninas sintió una leve desazón. Pero se dijo "los negocios son los negocios". Así que mira a Sofía con cierto rencor frente a un dedo acusador y le dice:

- ¡Los negocios son los negocios! Te dije que haremos esto para salir de la ruina. Los negocios, a veces, exigen ciertos actos reñidos con la moral... ¡Ya no discutamos más!

Nuevamente le saca la bata con la cual ella ha vuelto a cubrirse y la pone al centro de la vitrina. Se retirará unos pasos y la mira friamente, observando el efecto. Matías tenía razón. Sofía era dueña de un cuerpo muy bien proporcionado y esos atrevidos calzoncitos y sostenes la hacían ver muy apetitosa. Le arregló los sostenes para que los pezones fueran aún más desafiantes. Introdujo unos pelillos que insistían por salirse por el pequeño calzón. Ajustó definitivamente el portaligas. El cuerpo de Sofía era albo y su piel de una suavidad etérea. Todos esos accesorios femeninos de color

negro azulado sobre esa piel blanca sin ninguna mancha de mestizaje era un bello poema erótico, digno del mejor cuento del Decamerón. La besa apasionado. Ella dice acalorada:

- No me hagas esto. No es hora ni el lugar...

- Es que no me resisto... te ves tan...tan... Bueno, olvidémonos de eso. Ponte como maniquí. Voy a sacar la cortina, para que todo el mundo vea la hembra que me gasto.

Ella vuelve a colocarse la bata diciendo:

- No me atrevo.

- Pero si es muy fácil.

- Si es así como dices: Hazlo tú primero.

- ¡Por supuesto que me atrevo!

La mujer lo desafía. El hombre duda unos segundos. Pero como ha lanzado el guante, no puede echar pie atrás, así que se saca sus ropas masculinas y queda con una réplica igual a la que recientemente mostraba Sofia, sólo que esta vez es una ridícula parodia, pues el hombre es muy velludo. El pequeño calzón se hace estrecho para contener los grandes testículos y su bien dotada verga, que además está algo alborotada por las caricias resistentes. Ella dice, sufriendo vergüenza ajena:

- ¡Ponte un calzón más grande, por lo menos!...

- No hay más grande.

- Pero es que es demasiado provocador...

- Mejor...

- Te ves ridículo...

- Mejor... Así llamaré la atención...

- De los maricas...

- Si compran, que miren todo lo que quieran. Los negocios son los negocios... Y no permitiré que el banco me cierre la cuenta... Arrégrame los pechos. Me los rellené con algodón.

La mujer hace lo solicitado y luego lo mira a cierta distancia. Su hombre es alto y bien formado. Como macho... de lo mejor, sin lugar a duda; ¡pero vestido así! No puede dejar de reír. Matías dice amostazado, pero firme en su decisión.

- Debo verme para la risa. Pero llamará la atención y lo más importante la decisión de comprar. Y eso es lo único importante.

Se coloca en la vitrina y posa como un maniquí. Pone el mentón muy duro y mira hacia el infinito, tratando de ignorar dónde está y pensar en cualquier cosa, como de dónde vienen las golondrinas y cuántos son los millones de planetas que existen en el universo.

Sofía dice:

- Por lo menos, pone cara femenina...

- No! ¡No! Indudablemente que tú no entiendes nada, Sofía. Mientras más macho me veo luciendo estas delicadas pren-

das femeninas, mayor será el impacto publicitario. Ya... saca la cortina y que empiece la función Y veamos si esta estratagema da buenos resultados.

Ella saca la cortina y el sol, que a esa hora da directamente a la vitrina, impacta el cuerpo del hombre.

"Mierda... Aquí me voy a tostar sin ir a la playa. Tengo una vergüenza de la gran puta. Debo estar colorado de vergüenza. Pero necesito ganar plata, carajo, sino el banco me va a cerrar la cuenta. Lo que me pregunto es ¿cuánto tiempo podré soportar la rigidez de un maniquí? No pensé en eso. Menos en otras cosas... las necesidades de soñarme, orinar y rascarme, porque yo siempre ando rascándome la piel de puros nervios... Bueno, ya veremos. En el camino se irá arreglando la carga ¡A la chilena! Improvisando siempre... Ya empezaron a mirarme... parece que la cosa está funcionando".

Varios hombres, mujeres y niños se estacionaron frente a la vitrina. Todos comentaban y reían, pero nadie entraba a comprar.

"Ya pues, mierda, entra a comprar... ¿O creen que voy a hacer el ridículo gratuitamente...?"

Esa cuarentona elegante me mira mucho el paquete... La vieja se está calentando conmigo. Ya pues, huevona, entra de una vez... Ahora me mira los ojos. Le voy a ce-

rrar uno. Me contesta. Nos estamos entendiendo. Yo le cierro otro ojo. Ella me guiña maliciosa... Por fin te decidiste vieja y estás entrando. Se detiene. Mira algo confundida en el contorno. No lo dudes vieja... anda, entra ya y compra algo por caridad".

La mujer se acerca a Matías y con una mano temblorosa le acaricia un brazo. Tiembla entera. Ese maniquí tiene el calor varonil que tanto le gusta. ¡Sofía se le acerca!

- ¿En qué puedo servirla, señorita?

La mujer retira su mano. Se sienta sorprendida en una falta. Sonríe disculpándose y dice con rostro estúpido:

- Es extraño y divertido este maniquí, linda...

- ¿Qué le parece tan divertido?

- Que un maniquí con cara de hombre, con cuerpo de hombre y todo lo que tiene un hombre (y muy bien equipado, diría yo) luzca ropa íntimas femeninas.

Sofía mira disgustada a la mujer, esa hembra hambrienta de macho a simple vista, no despega los ojos del miembro genital de su pareja. Algo despectiva comenta:

- Es la nueva moda en maniquí.

- ¿También ha llegado la moda para los maniqués?

- Así parece...

- En la televisión está pasando lo mismo. Especialmente en la publicidad...

- ¿Y a usted le gusta esa publicidad?

- Me parece bien. ¡Por qué sólo las mu-

jeros deben ser el sexo objeto? Ahora les toca a los hombres sufrir las humillaciones que durante siglos nos han proferido. Incluso ya se habla de que los hombres tengan hijos como las mujeres.

- Sí, vi ese programa de la televisión donde se hablaba de la maternidad masculina.

"Espero que esta tonta de la Sofia no se largue a hablar sin parar con esta vieja estúpida, mientras yo me aso aquí".

La clienta pregunta:

- ¿Dónde venden estos maniqués?

- El patrón los importó de Alemania.

Yo no sé la dirección.

La compradora, que miraba arrobada a Matías, instintivamente, le agarra los testículos, diciendo:

- ¡Qué maravilla nos depara la tecnología moderna! Si hasta tiene el calor de un hombre. La tersura de un hombre. Las fibras de un hombre. — Levanta un poco el calzón y mira hacia el interior y exclama— ¡Pero si lo tiene igual que un hombre!

Va a introducir su mano. Sofia la detiene.

- Está prohibido tocarlo allí.

- ¿Por qué? ¿Acaso no es un maniquí...?

- Es una imitación muy sofisticada... puede asustarla...

- A mí jamás me ha asustado un varón en paños menores, pues linda, aunque vista ropas femeninas. A uno de mis amantes

le gustaba colocarse mis ropas íntimas y salir así al living cuando teníamos fiestas, para divertir a nuestros invitados. Todos nos moríamos de la risa. Pero un día me dejó y se fue a vivir con su mejor amigo. ¿Cuesta muy caro este maniquí?

- ¡Un millón!

- Véndamelo.

- No puedo.

"Véndeme Sofia... esta vieja puede salvarme de la ruina. Qué otra mujer pagaría un millón por mí".

La clienta seguía manoseándolo y éste empezaba a reaccionar y el calzón se hacía a cada rato más estrecho. La mujer seguía acariciando y hablando:

- Cuando estuve en los Estados Unidos me compré un muñeco de mi porte... inflable. Por las noches lo llenaba de agua caliente y se mantenía hasta el otro día. Yo dormía muy apegada a él. El muñeco tenía todo lo que debe tener un varón... y sin huesos duros que tanto molestan en los hombres cuando una quiere apegarse a ellos. Nunca me decía que no y hacía todo lo que yo quería.

- Era mejor que un hombre: - Apuntó Sofia dando un codazo en las costillas a Matías que casi lo saca de su sitio.

- Mucho mejor pues, linda. ¿Tú nunca has dormido con este muñeco? - Sofia niega sin palabras - Hazlo... Te lo juro, te acordarás de mí. Claro que me vine a Chile

y aquí se me rompió mi muñeco y aquí nadie sabe repararlo. Por eso al ver este muñeco tuyo yo pensé... ¡Qué lástima que no puedas vendérmelo!

Matías grita con voz de ventrílocuo.

"¡Véndeme en un millón, desgraciada!"

Esto de hablar con el estómago sin mover los labios era un truco que habían aprendido ambos y que se divertían jugándolo frente a los extraños. Sofía, empleando el mismo tono, le contestó:

"¡Muere en la rueda, ahí no más, desgraciao."

La clienta también escuchó las voces, pero no pudo entender nada ni ver a nadie mover los labios. Preguntó inquieta:

- ¿Quién habló?

- Nadie. Y bien, señora... ¿Ya se cansó de manosear mi maniquí? ¿Ahora va a comprar algo?

- Por supuesto, pues linda. Hay que premiar a este lindo hombre-maniquí. Deme media docena de todo lo que él luce.

La clienta pagó gustosamente y al salir preguntó:

- ¿Puedo volver mañana... para ver a tu maniquí, linda y acariciarle un poquito?

- Siempre que venga a comprar... Los negocios son los negocios...

- Por supuesto que voy a comprar... y mucho... Y además voy a traer unas amigas, con las cuales siempre juego a las cartas. Ellas también van a querer conocerlo de

cerca... acariciarlo y comprar todo lo que él luzca... ¿Le doy un consejo...? Mañana vístalo de rosado.

- Bien... Mañana lo tendré de rosado.

Al salir la clienta dio un nuevo agarrón al paquete amoroso.

Matias gritó con su voz de ventrílocuo:

"Sofía, pone la cortina, estoy quemandome"

Matias bebió un litro de agua fresca y mientras se vestía comentaba:

- ¡Vieja manilarga. Si no hubieras estado tú, me habría violado! ¿Por qué no me vendiste?

- ¡Estás loco! ¡Si eres un hombre...!

- Un hombre desesperado y capaz de cualquier cosa con tal de salir adelante con mi negocio. Pero esa mujer se pasó.

- Tú te lo buscaste.

- Ya lo sé. Lo importante es que mi teoría es la correcta. Mira la primera venta desde el momento que posé como maniquí. Desde ahora seguiré posando hasta hacerme rico. Ahora te toca a ti. Veamos tu suerte...

- Pero esto será hasta que podamos comprar unos maniqués, supongo?

- Los maniqués se fueron a la cresta. Ahora nosotros somos los que haremos la propaganda con nuestros cuerpos. Ya sube a la vitrina. Yo bajaré la cortina cuando estés lista.

Sofía lo abraza, lo besa y le reprocha:

- Pero no dices que soy la mujer que tanto quieres... y mira como me expones a las miradas lividinosas de todos los hombres que pasan por la calle, sin contar con las lesbianas.

Matías no la escucha, sólo atina a colocarla en el lugar que él estuvo anteriormente.

- ¡Matías del alma mía, no me hagas esto...

- ¡Calla de una vez! ¡Los negocios son los negocios!

- Esta me las pagarás. Me iré con el primer hombre que me lo proponga.

- ¡Ja! ¡Eso lo has dicho miles de veces...!

- ¿Me desafías?

- Calla de una vez... voy a bajar la cortina.

- Recuerda...! ¡con el primero!

- ¡Calla de una vez! ¡Fuera la cortina!

Los rayos del sol se engolosinaron con esas albas carnes tan alejadas de las playas y las piscinas. Los hombres que pasaban no podían dejar de mirarla y remirla.

"¡Ah! Si me viera mi madre. Ella quería que yo fuera monja... o profesora... Ahora parezco una puta de Hamburgo. Este hombre está loco. Lo dejaré... lo juro... Lo dejaré! hoy mismo lo dejaré"

Un hombre rubio de unos treinta años, tostado por el sol, de mejillas rojas, mira con sus ojos azules a la maniquí. Se rasca la

cabeza. Viste ropas caras, pero de mal gusto. Sus piernas arqueadas denotan a lo lejos que es un hombre que monta caballos todos los días. Sus manos son grandes, torpes y callosas. Se rasca la cabeza nuevamente. Mira muy emocionado a Sofía y entra al negocio. Matías se le acerca solícito, mientras el hombre mira fascinado a la mujer.

- ¿Se le ofrece algo al señor?

- ¡Aguaite, iñor...! ¡Qué lindo "monito" tiene aquí usted, iñor!

- Se refiere al maniquí...

- ¿Así se llama?

- Todavía no tiene nombre.

- Qué linda es... ¡Me recondenara! Renunca había visto una mujer así...!

- No es una mujer... Es un maniquí...

- En mi pueblo... en la única tienda que hay allí... tienen uno de yeso... pero nunca como éste...

Matías se felicita por el éxito que está obteniendo. Pregunta:

- ¿En qué puedo servirlo...?

El huaso le guiña un ojo cómplice a Matías y le dice en voz baja:

- Me gustaría regalarle a la Rosa... mi niña de fiestas íntimas... usted me entiende... todo lo que luce su monito... Pero no sé las medidas.

- Si usted me permite, yo lo ayudaré... Dígame ¿Es más gordita que el maniquí? — el huaso niega con movimientos del dedo índice— ¡Entonces es más flaquita?

— nuevamente negativa del dedo— .

- No. Yo diría que es casi igual. Claro que este monito es mucho más encachao que ella. Sabe... yo tengo las medidas en las manos.

Dicho esto el huaso le agarra un pecho a Sofia. Matías le retira la mano grosera y dice escandalizado:

- Pero... hombre, ¡qué hace!

- Ya le dije... Yo tengo las medidas en mis manos...

Pretende alcanzar el otro pecho, Matías se opone enérgicamente:

- ¡Pare! ¡Pare! No se puede tocar el maniquí.

- Pero si es la única forma de saber si le van a quedar bien los sostenes.

- Lo siento, pero no puede tocar...

- Pero si es de yeso.

- Pero éste no.

- ¿Cómo dice?

- Parece de carne y hueso... Es el último modelo... y está prohibido manosearla... digo tocarla.

El huaso se rasca nuevamente la cabeza y mira a Sofia. Dice apenado:

- ¡Qué lástima! Yo tengo las medidas en mis manos. Siempre me quedan bien llenitas, pues. Qué lástima, ñor... Vengo cargao al oro. Recién cobré un lindo premio de la polla gol. Y me la gané solito. Así que nado en oro. Ve ese lindo auto rojo que está allá afuera... Es mío... Me lo acabo de comprar.

Me lo maneja un amigo, porque yo sólo manejo caballos. Sobre una bestia no hay quién me la gane en los cerros, pero tocante al manejo entodavía estoy muy lerdo.

- Le felicito por haberse ganado la polla gol y solito...

- Mire, ñor, no necesito que me felicite. Yo necesito comprar hermosas ropas femeninas para ganarme la voluntad de una mujer y pasar un maravilloso fin de semana, y usted no quiere ayudarme — Le muestra un gran manojito de billetes de cinco mil— Mire... aquí tengo un poquito de plata... es sólo medio millón, el resto lo tengo en un pozo en mi rancho no quiero que me robe ningún banco.

Los ojos de Matías casi se salen de sus órbitas, al ver tanto dinero que necesita urgente.

"Lindos billetes de mierda, y en manos de un torpe huaso ignorante".

El hombre de campo se arremanga los pantalones y dice despectivo:

- ¡Bien, no más! Ya que no me quieren atender me iré a otra parte.

Matías salta sobre él y le dice angustiado:

- No es que yo no quiera hacer negocios con usted... pero...

- Déjeme atocarle el monito, entonces...

- Pero ¿por qué esa manía por tocarla...?

- ¿Y por qué esa tontera suya? Ni que fuera su chei. Déjeme atocarla y le compro una docena de todo lo que ella tiene puesto.

- ¿Una docena dijo?

- Sí... Pero con la condición que la atoque a mi gusto.

- Pero es que ella... digo el maniquí es muy especial.

El cliente se rasca nuevamente el cráneo y dice alegre:

- Bueno... Si es tan especial. Te compro el monito. Total tengo plata para tirar para arriba y que jué!

Sofía se ríe. El jinete pregunta:

- ¿Quién se rió?

Sofía dijo con voz de ventrílocuo:

- El monito.

- Bueno se si están riendo de mí, me voy a otra parte. No me gusta que me tomen pa'l payaseo, pues!

Matías le cierra el paso. No se le puede ir de las manos un cliente dispuesto a gastar tanto dinero. Le dice sonriente:

- Espere... espere... aquí el cliente siempre tiene la razón... Los negocios son los negocios.

El huaso dice con el cejo apretado:

- A mí me dicen el "tonto portiao" del pueblo, porque cuando se me mete algo en el mate, tengo que conseguirlo, y ahora que soy millonario todos me hacen reverencias para sacarme plata. Si usted quiere mi

plata, tiene que dejarme que le atoque el monito.

Matías habla a Sofía con su forma tan peculiar.:

"Lo siento Sofía. Los negocios son los negocios y el cliente siempre tiene la razón".

Ella le responde:

"Me las pagarás, maldito"

Matías dice al cliente:

- Señor "atoque" al monito a su gusto.

El comprador se pone frente a Sofía. Que rico perfume expele el monito. Le agarra un pecho. Luego el otro. Todo su cuerpo vibra de emoción.

- Sí. Me quedan las manos bien llenitas. Deme una docena de estos sostenes.

Ahora la abraza y le toma las nalgas. Matías le dice escandalizado:

- ¡Pero!, ¡Qué hace hombre, por Dios!

El huaso le dice ingenuamente:

- Es que cuando la abrazo, siempre le agarro el zapallo.

El hombre se entusiasma con la información que le están entregando sus torpes manos. Sofía ha encontrado el medio de su venganza. Aprieta fuertemente al nuevo millonario. El comprende el mensaje. Ahora se hace más el de las chacras y dice:

- Oiga, usted tiene razón para no querer que le ataquen el monito.

Le pasa el manojito de billetes:

- Tome ñor... aquí tiene medio millón

de pesos. Con esta platita usted se puede comprar media docena de monitos como éste. Usted sabe dónde los venden. Yo me llevo éste.

Ante los ojos estupefactos del comerciante, el huaso carga en sus poderosos hombros a la frágil Sofía. Matías tiene en sus manos quinientos mil pesos que le solucionan todos sus problemas, pero qué tremendo a la vez... le llevan a su hembra... Los billetes le quemán las manos y el alma... Grita con su voz de ventrílocuo:

- Sofía... Sofía! Amor, no me dejes...

Ella le contesta en el mismo idioma:

- Te lo previne... Adiós, cretino... El cliente siempre tiene la razón.

EL AYUDANTE

— ¡No, comadre! ¡No! ¡Nunca más voy a mantener a un hombre!

— Estoy de acuerdo con usted, comadre Hortensia. Pero lo que yo le propongo es que tenga como ayudante a mi primo. El pobrecito necesita un trabajito y se conforma con muy poco.

— ¿Qué edad tiene, comadre María?

— Va a cumplir los veinticinco...

— Es menor que yo'...

— Olvide eso. Yo no se lo propongo como su firmeza, sino como ayudante. El necesita ganarse la vida y usted necesita un hombre que le haga las cosas que usted no puede hacer aquí en el boliche. Mire... mire su almacén... casi no tiene mercancías...

— Es que he llorado tanto desde que se fue ese malagradecido, que no he atinado a preocuparme de abastecer el negocio... si sigo así voy de cabeza a la ruina. ¡Desgra-

ciado... hijo de la gran puta!

– Ve como necesita un ayudante.

La almacenera va a replicar, pero se calla al entrar una mujer, dijo:

– ¿Qué deseas Mati...?

– Dame una cucharadita de café y dos cucharadas de azúcar, para tomarme un cafecito... putas que tengo frío.

Hortensia, con sus enormes manos, envolvió con mucho cuidado la cucharadita de café instantáneo que sacó de un tarro. Igual procedimiento da a las dos cucharaditas de azúcar, ya que su clientela era muy fijada en este punto. Recibe unas monedas y las echa en una caja de madera, donde se van distribuyendo de acuerdo a su valor.

La mujer antes de salir le dijo:

– ¿Todavía no vuelve el Juan Carlos...?

– Ese infeliz no vuelve nunca más... y si vuelve lo echo a patadas...!

– Eso es de hombre -aplaudió la mujer y continuó- No te preocupes... tú tienes suerte... ligerito te consigues otro atorrante...

– Eso no lo van a ver tus ojos, Mati... y ya ándate y no me huevees más...

La mujer se va tímidamente.

Entra un niño, agitando un papel y grita:

– Mi mamá pregunta si volvió el cañiche del Juan Carlos.

– Anda a decirle a tu mamá que cuide de la puta de su hija y que me deje en paz...

El niño le muestra el papel y le dijo:

— Mi mamá dice que le mande lo que está escrito en este papel, y se lo anote a su cuenta.

Hortensia entrega el papel al niño y le grita agria:

— Dile a tu madre que no le fio más hasta que me pague lo que me debe.

El niño la mira con odio, y antes de salir corriendo, le saca la lengua y le grita:

— ¡Hummm! ¡Vieja cāgá!

La comadre vuelve al ataque:

— Bueno pues, ¿qué me dice de darle el empleo a mi primo?

— Habría que pensarlo, pues... mire... por ahora estoy tan preocupada por la falta de mercadería... no tengo papas... arroz... tallarines... mire... estoy pelaa...

La comadre la mira y no puede comprender que a pesar de que ha llorado tanto al amante que se fue, se ha maquillado más que de costumbre... tanto que confirma el apodo que le tienen en el barrio, la llaman: "La muñeca de Kinkón".

— Mi primo puede ir en su carretón de mano a comprarle papas y todo lo que le falta.

— Es que mi carretón es para que lo arrastre un gallo fornido y su primo parece tiuque mojao...

— No lo mire tan en menos al pobre... Usted sabe que hoy en día le es difícil encontrar pega a los hombres buenos y sa-

nos... imagínese a él... no le dan ni la hora al pobrecito... es tan buena gente el hombre... Pero yo le juro que para arrastrar su carretón sí se la puede...

— Pero comadrita por Dios, si ese primo suyo no debe pesar ni cincuenta kilos y no debe llegar a la altura de mis hombros.

— Claro que es chiquitito y flaquito, el pobrecito, pero es superhonrado y jamás se cura. Le juro que le va a cuidar mucho el negocio, como si fuera de él. Además, es un hombre preparado, pues... sabe escribir a máquina y sabe mucho de números y otras tantas cosas. Pero si el pobre trabajaba de junior en una oficina muy importante, cuando de repente lo chocó ese maldito auto y quedó cagao para siempre...

— ¿Y no le sacó nada al chofer...?

— No, el desgraciado apretó el acelerador a morir y lo dejó tendido en la calle, total quedó cagao de la cadera, y el pie derecho se le va para donde no se usa.

— ¿Y no le dieron una pensión de invalidez...?

— En eso está... pero hace meses que lo tramitan al pobrecito.

— Pero comadrita, ¿está segura que no quiere meterse en mi cama?

— No pues, si él sólo quiere trabajar. Es verdad que no puede hacer mucha fuerza, pero para lo que usted necesita está pintado.

Entra otra mujer de edad mediana y pide:

— Dame un cuarto kilo de arroz y cinco papas...

— No tengo papas ni arroz...

— ¿Y cuándo vas a tener...?

— No lo sé...?

— Y ¿cuándo vas a recoger otro vago para que te haga las compras...?

— Eso tampoco lo sé.

— Apúrate... sino vas a perder la clientela.

La Hortensia la ve salir y le dijo a su comadre:

— Ve... Yo no me muevo de este piso donde estoy sentada, pero todo el mundo sabe lo mío y yo sé todo lo que pasa en el barrio, porque este boliche es el correo del infierno.

Entra una muchacha de unos quince años en avanzado estado de gravidez. Hortensia le dice:

— No preguntes por Juan Carlos... No ha vuelto y tú lo sabes muy bien... y no tengo mercancía, porque no tengo quién me vaya a comprar... y no preguntes cuándo voy a recoger a un vago... así como yo no te pregunto cuándo regresará el hijo del carnicero de la esquina que te embarazó hace ocho meses, después de la fiesta que te dieron en tu casa porque cumplías quince años y tus viejos se curaron hasta las patas y tú aprovechaste esa situación para meter al hijo del carnicero en tu cama.

La muchacha salió espantada del alma-

cén. Entró una viejita, muy encorvada, apoyándose en un bastón, y dijo:

— Yo no te voy a preguntar por el café que te dejó... sólo quiero tres papas y una cebolla y un pedazo de queso blanco.

— No tengo papas ni cebollas... sólo lo que ves...

— Putas que tengo mala pata. Junté apenas unos pocos cobres y tú no tienes papas... Por aquí los otros bolicheros sólo venden papas por kilos, como si una estuviera cagando plata.

La viejita salió restregándose los ojos lagñosos con la punta de su delantal sucio y refunfuñando maldiciones.

— Ve como usted necesita urgentemente un hombre que le vaya a comprar...

— Pero María, por la madre... no comprendes que todos se van a reír de mí. Yo siempre tengo hombres jóvenes, grandes, fuertes y guapos...

— Pero si yo te dije que no lo tomaras como amante..

— Pero quién mierda va a creer que sólo es mi ayudante... Se van a reír como locas de mí... Yo echándome encima a ese pajarito inválido... No debe pesar cincuenta kilos... y yo estoy sobre los ciento cincuenta...

— Yo voy a decirles la verdad...

— Y quién mierda te va a creer, si eres la reportera de los chismes del barrio...

— Pero todos saben que él es muy hon-

rado... y tú necesitas un hombre honrado. Tómallo a prueba por un par de días... ¿Quieres que vaya a decirle que venga?

Hortensia se resignó y aceptó ponerlo a prueba por unos días. La comadre se fue muy alegre, sobándose las manos y saltando de charco en charco de agua de la lluvia caída por la mañana. La almacenera continuó sentada en su gran cajón donde descansaban sus elefantiásicas nalgas. Sin levantarse casi nunca, atendía a su clientela. Sus largos brazos llegaban a donde estaban sus mercancías, el tarro de aceite, y las papas, estaban en los lugares más lejanos a sus manazas.

Quedó mirando hacia la calle, donde el sol brillaba en unos charcos de agua y en otros reflejaba los esqueletos de los árboles dormidos. Metió la mano derecha en su amplio seno y extrajo una foto. Ella y Juan Carlos a todo color en la playa grande de Cartagena. Lágrimas nublan sus ojos enmarcados con gruesos trazos de negro lápiz. Bajan por el celeste fuerte que sombrean sus descomunales ojeras y continúan por el rojo carmin que colorea sus portentosas mejillas y llegan, por fin, hasta sus vastos labios pintados al rojo violento. Los lagrimones empiezan a descorrer el rimel que magnifican sus cortas pestañas. Ella se limpia los ojos con sus dedos y los colores del maquillaje embadurna su rostro, dándole un toque de payaso trágico. Le

dice rencorosa al hombre de la foto:

— ¡No debí recogerte, desgraciado! ¡Andabas botado... muerto de hambre...! ¡No tenías ni calzoncillos! Aquí te ves muy bonito, porque ya llevabas conmigo como un año y te tenía bien alimentado. Claro que eres bonito... no lo voy a negar, tonto desgraciado y petulante... Claro que eres muy pintoso con tu metro ochenta y tus noventa kilos y tu pecho l'enito de vellos negros y esos ojos pícaros que te gastas!... ¡pero no debiste abandonarme, maricón de mierda! ¿Acaso olvidaste cómo llegaste a mi lado? Yo lo recuerdo muy bien. Era un domingo de verano. Yo estaba feliz en la playa. Feliz en las arenas de la Cartagena de mis amores. Había ido con mi comadre María y su familia por el día. Me había puesto mi traje de baño y me importó un pito las miradas burlonas cuando me dirigía a la mar. Claro que no nadé, sólo me senté donde mueren las olas, esperando que me mojaran las más valientes. Así estuve, no me acuerdo cuánto, hasta que me sentí acalambrada y no pude pararme. Tres forzudos acudieron a ayudarme. Uno me tomó el brazo derecho y otro del izquierdo, el tercero del poto, y poniéndose de acuerdo, a la una a las dos y a las tres, me levantaron y me acompañaron hasta donde estaba mi comadre María. Dormí un largo rato al sol. Desperté con una sed colosal y un hambre yegua. Abrí mi gran ca-

nasta de picnic y le atraqué al tinto y a los sambuches de pernil de chanco con har- to ají. Gran Dios jamás recuerdo haber gust- ado tanto de ese vino y de esos sambu- ches de pernil con tanto ají! Sin querer mi- ré a mi izquierda y allí estabas tú, mirándo- me y tragando salivas. Saqué un sambuche y te lo ofrecí solidariamente. Tú no te hicis- te de rogar y lo agarraste con mucho empe- ño y te lo comiste como si te hubieran teni- do un año a pan y agua. Te ofrecí un vaso de vino que te lo zampaste sin dejar de mi- rarme con esos lindos ojos tuyos, que en esos momentos me parecieron muy román- ticos. Yo estaba huérfana de amor y tú me mirabas así. Sentí que renacía. Nos fuimos reconociendo lentamente... acercando más y más. Todo desapareció alrededor mio... sólo existíamos tú y yo.

No sentía el ruido de los niños jugan- do... ni a los hombres que le daban duro a las pelotas con sus paletas... ni a las mucha- chas que siempre están dando grititos ton- tos cuando las olas les llegan más arriba de las rodillas. Ya no escuchaba ni siquiera a los vendedores de dulces y helados... ni las radios con sus cumbias... Tampoco sentía el ruido del mar. Sólo existías tú.. Tú y Yo.

Acaricié tu rostro flaco y barbudo. Tú acariciaste mi rostro y luego uno de mis pe- chitos.

Te ofrecí toda mi canasta de sambu- ches y todo mi vino.

Cominos hasta hartarnos y tomamos hasta llegar a mariarnos.

Tus ojos brillaban a cada instante más y más.

Yo palpitaba de pies a cabeza.

Me diste un pequeño beso. Yo te lo retribuí con uno muy grandote y largo. Mi vagina se volvió loca.

Ese mismo día te traje aquí y te metí en mi cama y me hiciste feliz y yo te hice feliz durante un año y medio. Y ahora cuando llega el invierno, cuando más te necesito, te has ido con esa flaca de mierda y me dejas más botada que circo sin payasos. Siempre hice lo que pediste... siempre... todos tus caprichos... Y así me pagaste, infeliz!

¡Todos los hombres siempre me han cagao!

Pero si hasta el que me engendró, jamás se interesó por mí. Mi vieja me dijo que era hija de un marinero mercante sueco muy bonito. Ella siempre recordaba románticamente esa semana que lo tuvo en su cama, pero nunca más volvió ni escribió un par de palabras a esa chilena que lo amó en el puerto de Coquimbo. Yo salí igualita a él; un metro ochenta y ciento y tantos kilos y la cara de gringa no me la despinta nadie. La vieja trabajaba de garzona en un restaurante en el puerto. Cuando yo tenía quince años se murió y yo entré a reemplazarla, pero como mi volumen iba en aumen-

to y ya empezaba a molestar a los clientes con mi gran trastre, tuve que renunciar. Afortunadamente un payaso que siempre iba a tomar cervezas al negocio, me ofreció trabajo en un circo pobre. Me convertí en la mujer más fuerte del circo y tuve mucho éxito y recorrí todo el país y también Bolivia y el Perú. Tuve muchos años de trabajo siempre muy cortos y nadie que me ayudara, ni el que barria la pista, ni el que cuidaba los animales. Después de cinco años y cada día era más difícil a los camiones del circo y me retiré del negocio y aquí siempre me ayudaba para que me ayude cada la payasa, pero los chicos, bien vestidos, los pelotudos me importaban. Después de un año y medio esto se acabó y me quedé algún vago. El tiempo y nada más!

Desde el primer día, Hortensia me enseñó a poner las cosas en claro frente a los risueños ataques de su clientela femenina.

— No es lo que cree, lo juro.

— No te da vergüenza echarte encima a ese pobre cojito.

— No es mi amante... es sólo mi ayudante...

— Cuando lo tengas en la cama no se te vaya a ocurrir echarte encima de él, lo asfi-

xias a ese pajarito...

— Es sólo mi ayudante, y no pienso meterlo en mi cama.

— Si se vota a pucho, dale un solo tetazo y lo dejas dormido.

— Ya les dije que es sólo mi ayudante... y basta, no tengo por qué soportar que se me metan en mi vida íntima. El hombre es muy trabajador y honrado... Uds. ya lo ven... desde que llegó el negocio ha tirado para arriba, estoy muy conforme con él...

— Por eso te lo decimos... No te lo eches encima.

— Ya les dije que nó es para eso que lo tengo, Y les diré una cosa más... El cojito es muy juicioso... es verdad que es chiquito y enclenque, pero le cruje el mate. ¡ Y ya basta ¡Es sólo mi ayudante y punto!

La comadre María la apoyaba en su posición y siempre salía en defensa de "la Gordada". Pero un día le trajo un grave problema. Le dijo:

— Comadrita Hortensia, tiene que hacerme un gran favor.

— Dígame:

— Resulta que acaba de llegar una hermana mía del sur... Viene a hacerse unos exámenes aquí en la capital. Está alojada en mi casa durante una semana y aquí viene mi problema, no tengo dónde hacer dormir a mi primo. Por eso yo he pensado que él podría dormir aquí en el almacén.

Hortensia la miró con sus tremendos

ojos y le dijo escandalizada:

— ¡No me meta un hombre aquí, comadrita, por la madre!

La comadre también hizo grandes aspavientos escandalosos:

— Le juro, comadrita, por mi madre, que Dios la tenga en sus santos reinos, que yo no he pensado en servir de alcahuete. Sólo que por culpa de mi hermana, el ayudante no tiene dónde dormir... y el hombre es tan caballero.

— Si no lo digo por él... es por las viejas copuchentas del barrio... se imagina... me van a comer a tallas...

— No tienen por qué enterarse... Yo seré una tumba... El puede dormir aquí debajo del mesón y usted se encierra con llave en su dormitorio...

— Veo que lo tiene todo pensado. Y bien, que se venga a dormir debajo del mesón. Yo, de todos modos, voy a dormir con llave, porque cuando yo duermo, puede pasar un tren por sobre mí y no despierto.

El ayudante durmió una semana bajo el mostrador y poco a poco Hortensia fue perdiendo sus temores y ya no se encerraba a machote en su cuarto. Una noche le dio por beber, llorar y mirar la foto de su último amante. Encendió el juego de luces móviles y accionó el tocacintas y sonó la música rock que tanto le gustaba al fugitivo, y subió el volumen al nivel de un dancing club. Ese barullo despertó sobresaltado al

ayudante, porque ya era pasada la medianoche. Se acercó a la puerta y como estaba entreabierta, pudo ver a la gorda en su triste embriaguez. Volvió a su cama y se tapó los oídos con la almohada. Hortensia siguió bebiendo y llorando, y reprochándole a la foto el amor perdido:

— "Aquí me tienes, llorando por ti, ¡maricón de mierda! Mira como estoy... sola y abandonada... y media curada... Ya me tomé tres litros de tinto... y allí tengo otras tantas... vos sabís que no ando con chicas... esta noche me las voy a tomar retodas... ¿Te acuerdas, desgraciado, de las lindas borracheras que nos pegábamos. Tú me empelotabas... Voy a colocar tu foto en mi velador y me vas a ver como te gustaba... Ya estás en el velador mirándome... Ahora mira mi striptease... Me sacabas el vestido así... poco a poco..., mientras las luces, estas mismas luces, estas mismas luces que hay en este momento, iban pintando mi piel a tu gusto... Luego me sacabas los sostenes... así...y luego mis calzones así... y luego me hacías que te bailara así... que moviera mis caderas así... y que moviera mi cosita así... Y entonces cuando estabas muy excitado venía tu gran fantasía erótica. Te arrodillabas entre mis piernas y yo derramaba una botella de vino por mis pechos y tú tomabas vino en cascada. Lamías todo mi cuerpo bañado en vino hasta estar listo para entregarte todo. Y yo era feliz haciéndote gozar".

Hortensia seguía bebiendo y echándose vino por los pechos. Ya completamente borracha y totalmente mojada de vino, cayó, muy cerca de su cama, sin conocimiento, entrando en un profundo sueño. Una botella se desprendió de su mano derecha y empezó a vaciarse lentamente por sus costillas. Las luces continuaron iluminando ese cuerpo abandonado en el piso y la música seguía a un volumen de romper tímpanos.

Una necesidad urgente movió al ayudante hasta el baño. Al volver a su cama, miró de reojo el cuarto de su patrona.

— ¡Puchas...! ¡La gorda está como desmayada!

Y para rematarla está lloviendo a mares y cerca de ella están cayendo las primeras goteras, si sigue así se va a enfermar... ¿Qué mierda hago? Voy a tener que despertarla no más... ¿Pero y si se enoja y me quita la pega? Esta gorda no es la mejor patrona del mundo, pero peor es tirarse las pelotas todo el día y andar con los bolsillos planchados y poniendo carita de hambriento a mi prima. Pero por otro lado, si la dejó así se puede pescar una pulmonía caballa y parar las chalupas y entonces también pierdo la pega. Además, no es de hombre dejar a una mujer en estas condiciones...

Vamos viejo... muramos con las botas puestas y despertemos a esta bestia.

El ayudante se acercó a Hortensia. Sus narices recibieron el tremendo tufo de la gran durmiente.

"Bien bonito el perfume que se gasta patrona"

El hombre trató de despertarla, remeciéndola suave y tímidamente primero y luego a fuertes remezones, pero nada. La Hortensia tenía razón cuando dormía no la despertaba ni un tren de carga.

"¿Qué hago...? ¡Esta mujer no puede seguir aquí botada!"

Tomó una toalla y le secó el cuerpo de vino y agua de lluvia. Puso su mejilla en la frente de la desnuda durmiente.

"Tiene fiebre... éste no es calor de vino, sino de fiebre... treinta y nueve por lo menos... y sigue el agua de las goteras. Le puedo seguir secando el cuerpo hasta que despierte, pero la fiebre se la va a comer. Pobre mujer, tanto que llora a esa cafiche... Tengo que subirla a la cama y arroparla... no queda otra... ¿Pero cómo mierda lo hago? Yo jamás podré levantar esta ballena.

El hombre se pasea nervioso por la pieza y de vez en cuando mira a la mujer que continúa durmiendo profundamente aunque sigue llegando agua de lluvia a su cuerpo.

"Si pudiera conseguir un par de amigos forzudos, me ayudarían a subirla a la cama. ¿Pero dónde voy a conseguir dos amigos forzudos a las dos de la mañana. Además,

está lloviendo y para rematarla hay toque de queda... y si me pilla una patrulla me balean sin asco. Y tengo que subirla a la cama porque a lo mejor el cuarto se anega... hace días que estoy por subir a tapar las goteras, pero esta gorda no me da tiempo para eso... No hay otra solución... Hay que subirla a la cama y arroparla bien abrigadita... ¡Pero cómo!

El hombre vuelve a pasearse por la pieza. Las luces de todos colores iluminan su rostro preocupado. La música rock le molesta, pero no quiere pararla, porque si llegara a despertar la Hortensia se podría disgustar con él, por su intromisión. Al encontrar una solución se detiene en seco y dice, golpeándose la frente:

"¡Eso... Eso... Eso...! El Tecele... el tecele es la solución. El tecele que mandaron guardar los gallos del alcantarrillado y que todavía está en la bodega...!"

El ayudante pone los tres grandes palos de un tecele alrededor del cuerpo de Hortensia, quedando el vértice donde cuelga la roldana, a la altura de las caderas de la mujer. A duras penas, y tras grandes esfuerzos, logra pasar las cadenas de la roldana por los enormes hombros y las gigantes caderas. Jadeante se sienta en la cama a descansar un poco. Destapa una botella de vino y bebe un poco. Se lo merece. Bebe sin dejar de mirar a la mujer.

¡Puchas que es blanca esta loca! De tanto forcejear con esta mujer desnuda me he

excitado de frentón. Pero no sería honesto abusar de ella. Bueno ya descansé y se me quitó la sed... Ahora a la otra patita. Subirla a la cama".

Lentamente va tirando de la cadena que pasa por la roldana, el cuerpo centímetro a centímetro va alejándose del piso, hasta llegar a la altura de sus ojos. La música y las luces dan una atmósfera lujuriosa a esa situación tan especial. El hombre no puede resistir la tentación de acariciar con las yemas de sus dedos esas albas carnes femeninas, pero se detiene antes que sus yemas llegue a rozar el cuerpo. Disgustado con esa actitud suya se aleja unos metros. El cuerpo parece muerto con los brazos y las piernas colgando en el espacio. El ayudante se repone y con energía, y tratando que sus deseos sexuales no lo dobleguen, mueve el catre por entre las patas del tecele hasta colocarlo de tal modo que el cuerpo al bajarlo quede listo para arrojárselo. Ahora tira lentamente la cadena en reversa hasta depositar a la gorda en su cama. Saca las cadenas y cubre el cuerpo con sabanas y varias frazadas. Detiene las luces y la música. Mira tiernamente ese rostro dormido y le dice:

"Sabes gorda, eres una buena mujer... Lástima que nunca hayas encontrado un hombre que te comprenda y te ame"

Sacó el tecele de la habitación y volvió a

su cama.

Dejó de llover y el sol resplandeció en los charcos de agua. Hortensia despertó sin molestia alguna, pero al encontrarse en la cama llamó urgente:

— ¡Ayudante... Ayudante!

El hombre introdujo la cabeza por entre la puerta:

— ¿Me llamaba patroncita?

— Entra... anda... sin miedo... Dime ¿Qué pasó? ¿Por qué estoy en cama...? Yo no recuerdo haberme acostado y además recuerdo que estaba en pelota... y muy borracha...

— Así era no más, pues...

— ¡Y te atreviste a meterte en mi pieza estando yo así...! ¿Dónde quedé botada...?

— Cerca de la cama... Perdóneme patrona, pero llovía a mares y usted estaba como estaba y tenía fiebre...

— Así que te atreviste a tocar mi cuerpo estando yo como Dios me echó al mundo...

— Sólo la frente... le puse mi mejilla en su frente y así pude darme cuenta que tenía fiebre... yo tenía que hacer algo... peor sería que usted se hubiera enfermado, digo yo...

— En eso tienes razón... Y cuántos hombres te ayudaron a subirme a la cama... Anda dime cuántos tipos me vieron así... ¡qué vergüenza por la gran puta...!

— Nadie la vio... sólo yo... yo no más.

— Tú me subiste... No te creo... no te creo...

— Usé el tecele...

— Usaste... qué...

— El tecele de los maestros que hacen el alcantarrillado... Un tecele, bien usado mueve cualquier cosa...

— Ya lo veo...

— Puedo seguir trabajando con usted... tome en consideración que sólo lo hice por su bien... yo la respeto...

— Dime... con toda franqueza... no te aprovechaste que yo estaba como estaba para...

— Como se le ocurre... yo soy un caballero...

— ¿Eres un caballero o yo no te estu- siasmo como hembra...?

— No digo eso, patroncita... mire que usted es una hembra muy apetitosa...

— ¿De verdad que te parezco apetito- sa...?

— Ya me la quisiera para un día de fies- ta...

— Sabes eres un tipo simpático y ocu- rrente. Eso me gusta.

— Gracias...

— ¿Cuánto tiempo hace que no haces el amor...?

— Hummmmm!

— Desnúdate y métete en la cama... Quiero pagarte el favor...

_ Yo no le estoy cobrando nada...

— No te me corras... Quiero ver si eres tan ocurrente aquí, en esta pista, como lo eres en otras cosas.

— Lo que usted mande patroncita.

El ayudante rápidamente se desvistió y se metió en la gran cama. La gorda lo recibió con los brazos abiertos y el hombre casi desaparece entre esos enormes pechos.

Ella, muy apasionada, le preguntó:

— ¿Pongo las luces y la música?

— Las luces me gustan, pero la música gringa ni cagando...

— Lo que Ud. mande, mijito... Vamos a ser la pareja más dispareja del mundo... y las copuchentas del barrio van a tener para hablar durante un año... pero andando yo caliente, que se ría la gente.

SEGUROS DE VIDA

LAMBERTO cerró su pequeño automóvil con diez años de intenso uso y que gritaba:

"Una pintadita por favor. Cámbiame los neumáticos"

Eran las once de la mañana. Caminó unas dos cuadras. Buscó en sus bolsillos unas monedas. En el quiosco de periódicos y revistas compró tres cigarrillos sueltos de mala calidad. Los metió en el envase de una cajetilla cara. Prendió uno con su encendedor de oro. Dio una larga piteada. El mal gusto del tabaco barato no se compadece con el esperado placer.

Camina otra cuadra y entra a un edificio viejo y muy mal tenido. Entra a un patio de servicio. Sube por un escalera de madera, de pintor de brocha gorda, que está afirmada a una ventana que tiene abierta sus dos hojas, y desaparece por ella.

Se sienta en el destartalado sillón de

su viejísimo escritorio y aprieta un botón.

Una luz se encendió en el pequeño escritorio escolar de Lucy, su secretaria. Muchos ojos se dieron cuenta de esa maniobra y miraron expectantes a la mujer. Varios hombres, con sus infaltables maletines de vendedores y cobradores, se pararon junto con ella. Lucy los calmó con gestos, indicándoles que tomaran asiento nuevamente. Varios mostraban rostros sin rasurar durante varias jornadas. La secretaria, mujer poco agraciada y vestida pobremamente, entró a la oficina de su jefe. Sonrió lo mejor que pudo. Trata de dar a su esmirriado cuerpo, una elasticidad sexual que más bien resulta todo lo contrario. Dice con falsa alegría de funcionaria triunfadora:

- Buenos días, don Lamberto.

- Ojalá los fueran...

- ¿Encontró la escalera bien puesta?

- Muy bien, gracias. ¿Qué tenemos allá afuera?

- Siguen los mismos cobradores de siempre. Algunos son tan pesados que hace días que no se mueven de sus asientos. Dicen que continuarán en esa porfía, como si fuera una "huelga de hambre", hasta que usted les pague las facturas pendientes. Se podría decir que algunos han hecho una "toma" de nuestras oficinas, a sabiendas que las "tomas" están terminantemente prohibidas. Yo me he apiadado de los más flaquitos y les he dado pan y agua.

- ¡Ay, Lucy! ¡Qué haría sin ti!

Lamberto se levantó y le besó las mejillas. La secretaria enrojeció. Ese hombre la vuelve loca. Se rehace a medias y pregunta turbada:

- ¿Qué les digo a esos molestosos...

- Lo mismo de ayer... que vamos bien y mañana mejor y que ya muy pronto habrá plata...

- ¿Pero cuándo cree usted, don Lamberto?

- Por favor... ¿Crée que soy brujo? Traiga un café, necesito reanimarme.

- No hay café.

Lamberto extrae de un bolsillo dos sobrecitos de café:

- Uno para usted y otro pa' mí.

- Gracias, don Lamberto — dice muy emocionada por esa deferencia—. Pero no lo usaré. Lo guardaré para cuando usted no tenga, don Lamberto. Le gustaba mucho decir "DON LAMBERTO" era como su boca y su corazón tuvieran un infinito placer. Inicia la retirada caminando de espalda sin despegar la vista de él. En la puerta se detiene y antes de salir vuelve sobre sus pasos y dice confidente:

- También lo espera un señor muy misterioso que se hace llamar Hermógenes.

- Hermógenes ¿cuánto?

- Hermógenes no más

- Pero Hermógenes es nombre...

- No me quiso dar su apellido... Me di-

jo: dígame que aquí está Hermógenes... El entenderá.

Lamberto casi salta de su asiento y dice:

- ¡Hermógenes aquí! ¡No puede ser!

Si Hermógenes está en la ... A ver... describámelo...

- Es un hombre de unos treinta a treinta y cinco años. Rostro enjuto. Ojos chicos, muy penetrantes, de color café.

- Vaya que te ha impresionado...

- Es que me mira intensamente el cuello. Viste de riguroso luto y completa su vestimenta con unas antiparras negras, que sólo se las saca para mirarme mejor el cuello, con esos ojillos cafés.

- Tienes razón, ése es Hermógenes.

- ¿Y por qué me mirará tanto el cuello? ¿Me lo encontrará muy bello?

- Es posible... tiene un extraño humor.

- ¿Qué le digo?

- Dile que no tengo tiempo para atenderlo.

Lucy inicia la retirada en reversa, sin dejar de mirarlo.

- Espera, Lucy.

Se detiene. Estaría todo el día mirándolo. Lamberto lo sabe y le divierte:

- Dígame a Hermógenes que entre... total no le debe un cinco.

Lucy hace pasar a Hermógenes. Los hombres se abrazan. Lamberto contempla a su amigo y le dice:

- ¡Qué alegrón de verte en libertad! ¿Estuviste como tres años en la cárcel, no?

- ¡Tres años, dos meses, tres días, y cinco segundos, tras la infames rejas!

- ¿Cuando te visité, hace un par de semanas, no me informaste de tu pronta ex-carcelación?

- ¡Me soltaron por buena conducta! ¡Insensibles!

- ¡Bueno que mataste a tu mujer, pues ñato!

- ¿Era una infiel? — Grita feroz el hombre de negro— .

- ¡Si yo no te censuro!

Hermógenes se remonta en sus recuerdos y dice:

- ¡La pillé infraganti! En mi propia cama. El huyó por la ventana como Dios lo echó al mundo. Lo perseguí hasta quedar sin aliento. Pero el hombre era un atleta y se perdió por entre las luces de las calles. Ella suplicó mi perdón, pero yo apreté su cuello. Se lo apreté y apreté hasta que dejó de resistir y estiró la pata. Y yo fui muy feliz. El hombre más feliz del universo, aunque quedé sangrando con los arañazos que me dio la condenada. Y siempre había querido hacer eso, desde el día que sorprendí a mi madre haciendo el amor con el chofer. ¡Qué hasco, con ese roto! ¡Le habría destrozado el cuello a mi madre! Cuando mi mujer estuvo sin vida, me desnudé y la poseí. Yo fui su último hombre! Después de

mí la tumba. Llamé a la policía informándole de la ejecución.

No me entregué inmediatamente. Estuve escondido en un hotel de cinco estrellas. Cuando toda la policía me buscaba y todos los medios de comunicación me ofrecían una fortuna por una entrevista, di una conferencia de prensa en la sala de actos que me ofreció gratuitamente el hotel donde me hospedaba. Salí de allí escoltado por la policía y los camarógrafos de la tele y los fotógrafos que buscaban, a la carrera, mi mejor ángulo. Yo salí con la cabeza en alto. Yo era el hombre del día. Di esa conferencia de prensa, vestido de riguroso luto, porque no quería que le achacaran a otro mi gran hazaña. Había librado al mundo de una mujer infiel, como mi madre. ¡Y los muy insensibles me encerraron en sus masmorras infectas!

Lamberto estaba realmente consternado con esa emotiva narración. Lo abrazó y le dijo:

- En verdad se ha cometido una injusticia contigo. Debieran nombrarte hijo ilustre de la cárcel.

- ¡Más aún! ¡Debieran pagarme una indemnización, por estos años perdidos por defender una honorable causa!

- Pero en fin... por lo menos ya estás en libertad.

- Sí, Gracias a mi Dios.

Hermógenes, entre otras de sus mu-

chas fantasías se había creado un Dios propio. Era muy benevolente con él. Siempre estaba de su lado y jamás le ofreció un infierno si no le hacía caso. Lamberto le golpeó la espalda y le dijo:

- Juntaré mis últimas monedas e iremos esta noche a tomar unos tragos al barrio Bellavista.

Esa invitación alegre mucho al hombre de luto:

- ¡Fantástico! Supe en la peni que allí se reúnen, por las noches, los chicos malos del barrio alto y corren a destajo las pepas, el ácido y todo lo demás. ¡Y yo quiero un poco de todo eso! Gracias querido amigo... Tú me comprendes. Pero ahora que estoy en libertad siento una gran obsesión.

- ¿Y cuál es esa obsesión?

- Sufro intensamente. Necesito urgente matar a otra infiel. Debo seguir con mi Cruzada Santa.

- ¿Cuál Cruzada Santa?

- ¡Liberar al mundo de mujeres infieles!

- Pero, ¿es una tarea de nunca acabar!

- ¡Ves! ¡Tú me das la razón! Sé que es una empresa dantesca, pero yo colaboraré con mi granito de arena, exterminando al mayor número posible. Para eso he formado esta Santa Cruzada. Yo soy el Gran General en Jefe. Soy el G.G.J. Por ahora soy el único integrante en libertad, porque tengo algunos de mis compañeros de la carreta, que algún día estarán en libertad y se ple-

garán a mi bando y así muy pronto seremos millones. ¡Así que infieles del mundo. Amárrense muy bien los calzones, porque aquí estoy yo!

Lucy entra con el café para su jefe. Le ofrece la taza como si fuera un vaso sagrado, portador de un elixir mágico. Hermógenes no despega los ojos del cuello de Lucy. Ella se siente muy incómoda.

- ¿Quieres un café, Hermógenes?

- No estaría mal.

Lamberto le entrega otro sobrecito de café a su secretaria. Hermógenes se acerca abiertamente a la mujer, y mirando el cuello ya no tan terso, le pregunta:

- ¿Eres casada?

- ¡No! ¡No! — responde Lucy— y sale muy asustada.

Luego se vuelve a Lamberto y le pregunta:

- ¿Cómo marchan tus negocios?

Lamberto le muestra sus escasos y viejos mobiliarios. Su sucia y mal oliente oficina. El cuero destrozado de su sillón, tapado con un cojín de espuma plástica. Exclama:

- ¡Cómo van! ¡A la chilena pues, ñato! ¡Es decir, como la mierda! Mira mi sillón de gerente. Más tajiado que asiento de micro de roto. Ayer me quitaron el teléfono. ¡Soy un gerente sin teléfono! ¡Es decir la muerte, pues ñato!

- La culpa la tiene tu madre.

- ¡Eso ya lo hemos discutido hasta el cansancio! —Lamberto se acerca a la ventana. Afuera el sol regala sus beneficios a hombres y pajarillos. Lamberto lo insulta:

- ¡Maldito sol! ¡Calientas las espaldas a todos por igual! ¡No tienes sentido de la selección! Ya sé que mi madre me crió y me educó para gerente. Y yo no sirvo para eso... Cuando mi familia estuvo bien, yo me defendía con las empresas que ella me formaba. Pero cuando se metió en política y con tan mal olfato, se puso del lado de los que no pescaron nada después del golpe, cagamos todos de frentón. Ella ya murió, pero todavía no me perdonan a mí por el desliz centrista de la vieja. Así es de injusta la vida. ¿Y mis tíos? Esos viejos cochinos nadan en millones y no piensan en morirse. Sólo me ayudan prestándome una gran mansión en Providencia para que viva decentemente. Claro que ellos pagan la mantención del jardín, pagan la luz y, en fin, todo lo necesario para que no pierda categoría ¿pero, de pasarme unos pesos? ¡ni chaucha! La vida es injusta. Esos viejos avaros, decrepitos, se pudren entre tanto oro y yo me muero de necesidades con todo mi abolengo y mi elegancia en esa fastuosa residencia que algún día terminará convertida en restaurante. Lo único que me queda de valor es este encendedor de oro, que compré cuando hice mi último viaje a Nueva York, el año setenta y dos. No pienso

venderlo para pagar el teléfono.

Hermógenes le palmotea la espalda consolándole y le dice:

- Tienes razón. El sol es una puta barata. Calienta al primero que se ponga... Pero no te preocupes, aquí tienes un amigo que te trae millones.

Lucy, nuevamente, entra con el café para Hermógenes. Este recibe el pocillo, sin despegar los ojos del cuello de la secretaria. Ella sale espantada. Lamberto le golpea el hombro trayéndolo a su realidad y le pregunta esperanzado:

- ¿Tú me traes millones...?

- Siempre que me hagas caso. Si me ayudas en mi Santa Cruzada, te daré todo. Habrá millones.

- Si hay millones, haré lo que tú pidas.

- ¡Magnífico! ¿Has matado a una mujer?

- Jamás...

- No sabes lo que te has perdido. Yo te brindaré esa oportunidad. ¡Gozarás ese instante glorioso, irreversible, irrepetible! Por ahora debes casarte.

- ¿Qué dices?

- Tu existencia y mi Santa Cruzada, necesitan autofinanciarse. ¡Cásate! Es la única manera de que seas millonario.

- Todas las ricas herederas que conozco no me dan bola. Me tienen en la lista negra a causa del mal olfato político de la vieja.

- Olvida la política.

- Yo quisiera olvidarla... Pero es que me huevea tanto. Los que antes eran mis amigos o compañeros de colegio o de la universidad y que ahora trabajan para el gobierno, o han creado empresas para trabajar en labores municipales, o empresas estatales, están hinchados en plata y yo... mírame... Es una injusticia... deberían comprender que yo soy uno de ellos. Yo podría ser un regio alcalde o un elegante subsecretario... o un diplomático... Mírame... si estoy pintado para representar al gobierno, tengo una pinta de caballero de lo mejor que hay, pues ñato. Y mira... ¡mira donde me encuentro por la misma mierda!

Reinó el silencio un largo rato. Hermógenes dijo:

- Vamos a tomar un trago a un bar digno de gente como uno.

Hermógenes trató de salir por la puerta. Lamberto lo tomó de un brazo y le indicó la ventana y la escalera de pintor. Hermógenes le dijo:

- ¡Bonito ascensor! ¡Digno de un diplomático sudamericano!

En la calle hacía calor, pero en el interior de ese acogedor bar, el aire acondicionado ofrecía una deliciosa frescura. Lamberto respiró feliz. Ese era su ambiente y no los miserables boliches donde comía o tomaba alguna cerveza. Preguntó preocupado a su amigo:

- ¿Tú tienes plata, no? Mira que yo no

estoy acostumbrado a hacer el perro muerto.

- No te preocupes. Yo invito.

Los amigos bebieron varios tragos y almorzaron, sin preocuparse por el dinero. Hermógenes se estaba desquitando de tantos días de reclusión y Lambertó de tantas paupérrimas comidas de fracasado.

Caminaron fumando y gozando de la foresta del parque. Hermógenes se detuvo en seco al encontrar la solución. Dijo sin tapujos:

- Cásate con la Lucy.

- ¿Con esa rota poblacional?

- Sí y a la brevedad posible.

¿Y para qué quieres que me case con ella?

- Para matarla.

Lamberto no sale de su asombro. Hermógenes sigue explayándose en su plan;

- Cásate con tu secretaria... con esa gansa de la Lucy o con otra mujercita cualquiera. Ojalá una huacha. Al otro día del casorio, tomas dos seguros de vida. Uno para ti y otro para ella. Ambos por muchos millones. Sobre diez, por lo menos. Pasado sesenta días yo la mato... será una condena de sesenta y un día. Tú cobras el seguro y solucionados todos nuestros problemas financieros.

- Sí. Teóricamente, un plan perfecto.

- Un crimen perfecto. Nadie sospechará de mí, porque no nos volverán a ver jun-

tos en público. Pero yo habré gozado intensamente matando a tu mujer que, por el sólo motivo de ser casada, ya es potencialmente una infiel y merece morir.

Lamberto se asustó del frenesí con que hablaba su amigo. Miró a todos lados. A esa hora casi nadie transitaba cerca de ellos. Le preguntó:

- ¿Pero si tu te arrepientes de matarla y yo me quedo clavado con esa rota hedionda?

- Bueno habrá que hacer un sacrificio, pero las rotas y los rotos bien trabajados dan buenos dividendos...

- No soy político. Esos inmorales adulan a los rotos para sacarles el voto.

- Ves cómo dan buenos dividendos, serán hediondos pero eligen o rechazan presidentes perfumados.

- Yo estoy hablando de mi vida. No puedo rebajarme a eso. Sería indigno de mi estirpe. Yo tener hijos de una rota... con cuñados cargadores de la vega... yo, hijo político de una vieja de población callampa. ¡Jamás, pues ñato! ¡Mira primero con quien estás hablando! ¡Yo no puedo caer tan bajo!

- No seas estúpido. Los billetes grandes merecen todas esas penas. Además yo te dije. Dos meses después de la noche de la boda, serás un viudo millonario.

- ¡Me lo juras!

- ¡Te lo juro! En ello va mi felicidad.

Volvieron a la oficina. Antes de subir

por la escalera, dijo Lamberto aferrándose a ella, como a un madero en un naufragio.

- La invitaré a comer y luego de un mes... tal vez me atreva a pedirle matrimonio.

- ¡Yo no puedo esperar tanto! ¡Me volvería loco! Tú tampoco puedes esperar... No tienes ni teléfono.

- No tengo dinero para nada... ni para la boda. Menos para los seguros de vida que tú propones. Te diré que ahora se toman en unidades de fomento. Una prima por varios millones debe costar una fortuna. ¡Hasta para cometer un crimen, complican la vida esas malditas unidades de fomento!

- Yo tengo unos ahorros. Cuando me metieron en la cárcel, mi abogado vendió mis propiedades y colocó todo ese dinero en una cuenta numerada en Suiza. Todavía están allí ganando intereses y a muy buen resguardo. En la peni trabajé como carpintero haciendo juguetes de madera. Todos esos rascas pesos chilenos, los iba depositando en una cuenta bancaria. Yo casi no tenía gastos excepto el manje de la carreta. El Gobierno me daba tuto gratis. Así que salí con una buena torta.

- Te felicito. A ti siempre te ha ido bien... en cambio a mí...

- Ya, déjate de lamentarte y sube de una vez.

- Antes de subir... dime ¿cómo será el modus operandis?

- Será muy fácil. Dos meses después de tu boda, que podrá ser mañana mismo, si apuramos a esa mujercita, tú vas a jugar tenis fuera de Santiago... A Viña del Mar, por ejemplo, y yo la mato aquí en la oficina. No podrán sospechar de ti. Nadie mata por telepatía. ¿De mí...? ¡Menos! ¿Cómo van a sospechar de mis santas intenciones? Anda, sube...

- Pero, ¿cómo le pido que se case conmigo, así de rompe y raja!

- Yo te la guiaré... Un gerente siempre es un buen candidato, aunque seas tú. Sube.

Por fin Lamberto arriba a su escritorio va a presionar el botón. Se detiene y pregunta con ojos suplicantes:

- Pero... ¿Qué le digo?... Debemos encontrar un pretexto válido... Como el asunto de los seguros... Porque yo que tengo una empresa casi sin movimiento ¿cómo voy a gastar una fortuna en dos seguros de vida?

- Qué se yo...

- Es que debieras saberlo... La idea es tuya...

- Bien... bien. A ver... di en la compañía de seguros que tus tíos te apoyan en tu matrimonio y que te han dado un pasaje aéreo y marítimo para recorrer varios países del mundo y que ellos quieren que tomes ese seguro. Son cosas de viejos... dices en la aseguradora.

Lamberto se sienta en su viejo sillón y toma una actitud de ejecutivo pensando. Pero en realidad no está ideando nada. Sólo está flojeando como siempre. Hermógenes se exaspera:

- ¡De esa actitud estúpida y llámala!

Hermógenes aprieta el botón. Lucy recibe el llamado y salta de su asiento y entra casi corriendo.

- ¿Me llamaba don Lamberto?

- No.

- Recibió su llamada roja...

- Sí.

- ¿Enonces...?

- Luc ... mi amigo Hermógenes me vino a ver porque... él está... No sé si usted quedará aceptando... pero yo...

Hermógenes ya no puede soportar más esa indecisión y dice adueñándose de la situación:

- Mire Lucy. Estoy haciendo una encuesta para "Woman Trailer and Corporation of Chicago". Se trata de encontrar a la secretaria más fiel y abnegada del continente, para entregarle un premio internacional que se otorgara en Miami. Lamberto cree que usted puede ser una candidata con muchas posibilidades. Por eso yo la miraba tanto y por eso le pregunté si era casada.

Lucy casi se desmaya de emoción y con mirada de colegiala enamorada de su pro-

fesor, dice a Lamberto:

- ¿Usted ha pensado en mí, para eso?

- ¡Sí, Lucy! Usted es la elegida, digo la candidata que yo propongo.

- ¿Y usted cree que yo sirvo para lo que este caballero quiere?

Lamberto mira a su amigo significativamente y dice recalcando sus palabras:

- El cree que usted hará un buen papel.

Lucy estalla en alegría y empieza a soñar. Camina y se contornea como si estuviera en una pasarela por la cual desfilan los modelos y las candidatas a reina de belleza en la televisión. Dice:

- ¡Ay! ¡Qué maravilla! Desfilaré con lindas ropas frente a los jueces. En vestidos de fiesta y bikinis playeros.

La hacen subir al escritorio, para que sienta que está arriba de un luminoso escenario. De repente ella ha perdido su humildad y saca pecho frente a los hombres y trata de poner rostro y actitudes seductoras, que no le cuadran para nada. Los provoca con sus labios que se relame. Con insistentes pestañeos y con la cadencia de sus caderas como si bailara afro. Hermógenes dice, adulándola:

- ¿No te parece, Lamberto, que tiene una linda figura tu secretaria?

Lamberto sigue la burla diciendo:

- Sí, pues... tiene eso... eso...

- ¡Chita que son amables ustedes! Si me vieran los cabros de la población...

- ¿Vives en una población marginal?
—interroga Hermógenes—

- ¿Yo...?

- Sí... Tú... ¿Vives en una población callampa?

- ¡Cómo se le ocurre! Toda mi familia es de clase media. Yo jamás he andado a pata pelá por el barro... acarreando agua en tarros del pilón de la esquina.

- ¿Cómo estás enterada de la vida de esas comunidades de harapientos comedores de pan?

La mujer se sonrojó de la cabeza a los pies, pero estaba en el estrado y se defendió:

- Lo que pasa es que yo... Yo tengo una amiga que estudiaba conmigo en el curso de secretariado y ella sí que vivía en un campamento y me contaba su pobre vida. Pero yo siempre he tenido un piso encebado por donde deslizarme. ¿Acaso no se nota en mi trato que yo soy una persona decente...? Una persona que nunca se ha rascado las costillas, porque nunca ha tenido piojos.

Lamberto le dice solidario para no seguir con ese histerismo:

- Se nota, Lucy... No siga con eso.

- ¡Es que este señor me trae feos recuerdos!—Se tapa la boca. Otra vez ha denunciado su condición social, pero sigue adelante tratando de borrar esa imagen.—El me ofende al creer que yo he vivido en una

población marginal, comiendo pan y tomando tecito todo el día..."

El encuestador trata de suavizar la tensa situación que amenaza con perjudicar los resultados que él busca; dice:

- No ha sido mi intención ofenderla, señorita. Sólo necesito su biografía para presentarla ante el jurado internacional.

Hermógenes sacó una huincha metálica de medir. Su adinerada familia jamás le permitió dedicarse a lo que él realmente deseaba: cortar y clavar maderas. Fue a la universidad y consiguió el cartón de ingeniero comercial que tanto exigió su padre. Sólo en la cárcel fue realmente feliz en el terreno laboral. Mide las piernas de Lucy y ordena a Lamberto:

- Ayudante... tome un papel y un lápiz. Largo de piernas setenta y cinco centímetros. Diga su edad...

Lucy tragó saliva. Era mayor que su adorado Lamberto. Además cree ser vieja para pretender el reinado de las secretarias. Pero está luchando por conseguir que su patrón la invitara a la cama, aunque sea sólo una vez en la vida, así que pone ojos lánguidos a su jefe y le pregunta coqueta:

- ¿Es necesario eso, don Lamberto?

- No te preocupes por tu edad. Recuerda que yo tengo todos tus datos previsionales.

- ¡Tiene toda la razón, patrón! Bien... Tengo treinta y cinco años... pero bien con-

servados.

- ¿Y cuántos meses?

- Cinco. ¿Y sabe otra cosa? Esa amiga que estudió conmigo, se tituló de secretaria. Le costó mucho a la pobre. Sufrió hambre, privaciones, anduvo con los zapatos rotos. Tuvo que defenderse con uñas y dientes de los galanes marihuaneros del barrio. Pero ahora es una secretaria con trabajo ¡Con trabajo entiende! Aunque a veces le cuesta cobrar su sueldo.

Lamberto carraspea. El tiro va para él. Hace meses que no le paga correctamente. Sin embargo ella continúa mirándolo insinuante:

- Vive en una pensión modesta pero honrada. Tiene una habitación pequeña con una cama muy limpia y olorosa, donde duerme muy solita. Suspirando. Yo la admiro mucho y no permito que la ofendan en mi presencia.

- ¿Eres madre soltera?

- Eso no sirve para mi trabajo.

- Anote ayudante, le mediremos los pechos. Cincuenta centímetros...

- Mida bien, soy algo escasa, pero no tanto...

- ¿Está conforme con el sueldo que gana?

- ¿Debo contestar a eso? — dice Lucy mirando significativamente a Lamberto. Este le responde magnánimo; con leve movimiento de cabeza: Ella dice confidente a

Hermógenes:

- ¡No! No estoy conforme. Creo que debiera ganar el doble.

Hermógenes le contesta, en el mismo tono y le palmotea una mano en signo de amistad:

- Así será. Desde ahora ganarás el doble. ¿De acuerdo Lamberto?

- Okey— dijo el interrogado. Total si la historia termina como estaba acordada, no había por qué preocuparse. Dijo siguiendo su comedia: Por supuesto, pues hombre... Es lo menos que podemos hacer por una persona tan exquisita.

Lucy baja del escritorio y besa a su patrón, ¡por fin!, en plena boca. Aprovecha ese instante por si no se presentara otra oportunidad.

- Gracias, querido don Lamberto, usted es una maravilla. Así podré mandarle algo de plata a mi madre, cuando usted pueda pagarme... Pero no se aflija por el pago... si no tiene... Ella entenderá y yo también.

La voz del negro inquisidor trata de separarla de ese hechizo, pero ella contesta sin soltar a Lamberto.

- ¿Dónde vive tu madre?

- En La Bandera.

- ¡En ese campamento de subversivos!
— exclama Lamberto.

Otra vez tiene que corregir su lengua rápida e indiscreta:

- La Bandera... es un pequeño poblado de Rauco adentro... Yo vivo sola en Santiago desde que vine a estudiar secretariado. Vivo sola en mi pequeña y olorosa alcoba... suspirando.

- Anote ayudante... procedo a medir las caderas... Setenta centímetros. ¿Está enamorada de su gerente?

Lucy sigue sin soltar a Lamberto, dice:

- No contestaré a eso. Es muy íntimo. Seré pobre, pero recatada.

- No seas siútica. Toda secretaria fiel y abnegada, como la que yo busco, debe estar dispuesta a todo por su gerente. Incluso casarse con él, si es necesario.

- ¿Yo casarme con este hermoso caballero?

- Toda secretaria, después de trabajar un tiempo y conocer todos los secretos de su gerente, se enamora de él. ¿Cuánto tiempo trabajas aquí?

- ¿Ya van para los dos años?

- ¿Y estarías dispuesta a sacrificarte por tu patrón? ¿Llegarías a casarte con él? Cuidado con lo que respondes, mira que este punto es uno de los más importantes del concurso.

- Pero si casarme con don Lamberto no sería ningún sacrificio... Todo lo contrario. Perdona que le muestre mi alma jefe... Pero este hombre hace cada pregunta.

- ¿Estarías dispuesta a casarte con Lam-

berto mañana mismo?

- Por supuesto. Iré a avisarle a mis familiares y a mi madre para que me preparen la tremenda fiesta y arda toda La Bandera...

Lamberto mira desolado a su amigo. Ella quiere fiesta, además. Hermógenes usa, nuevamente, su tremenda imaginación y dice:

- ¡No... Eso no! No habrá fiesta popular con docenas de parientes durmiendo la borrachera botados por las calles polvorientas. Aquí viene el segundo punto del concurso y tan importante como el primero. Tu sacrificio será que te cases en secreto. Frente al juez, sólo los novios y un par de testigos. No habrá luna de miel, sino un amor muy puro y santo. Durará muchos años. Tú seguirás trabajando con tu gerente-esposo y nadie sabrá que te has casado. Claro que vivirás en su mansión de Providencia y dormirás en su regia cama de dos plazas, que fue importada desde París a principios de siglo. Pero ya sabes. Sólo a la más fiel y abnegada "secretaria-esposa", se le entregará el famoso premio internacional, consistente en un auto cero kilómetro, trajes por docenas, pieles, joyas y cien mil dólares, más dos pasajes para visitar "Disney World". ¿Y bien estás dispuesta a casarte con tu gerente mañana mismo?

Lucy creía estar soñando. Ella sólo deseaba hacer el amor con ese atolondrado gerente. Le preguntó directamente apre-

tándolo más fuerte a sus escasos pechos:

- Querido gerente... ¿es verdad que quiere casarse conmigo?... ¡Usted un hombre tan fino... tan elegante...!

Lamberto tragó saliva y le dijo tratando de ser lo más convincente posible:

- Querida Lucy Zapata necesito que te cases conmigo.

- Pero así... tan de repente ¿Sin habernos dado un besito en el cerro Santa Lucía a la luz de la luna?

- No hay tiempo para eso — le dijo Hermógenes. Debes ingresar inmediatamente al concurso, porque de aquí a cinco meses, se debe dar el premio. Además Lamberto me ha confesado, en secreto, de hombre a hombre, que arde de deseos de hacer el amor contigo. Lucy lo besa muy acalorada y le pregunta:

- ¿Es verdad que ardes en deseos de hacerlo conmigo?

- Sí. Ardo en deseos...

- ¿Y en tu amplia cama traída desde la cálida Francia ó en mi humilde camita comprada en un Mercado Persa?

- Prefiero en mi cama francesa.

- ¿Y entonces por qué hemos perdido tanto tiempo, si yo sueño con eso todas las noches?

- ¿Entonces aceptas casarte conmigo mañana mismo?

- ¡Sí! ¡Sí! Sí, aunque sea en secreto... aunque sea lo último que haga en mi vida!

Lucy firmó cuanto papel le pusieron por delante sin preguntar de qué se trataba. Vivía los días más fascinantes de su aporreada existencia. El galán le resultó poco apasionado para sus necesidades, pero pensó que así sería el comportamiento de los caballeros y se propuso, lentamente, cambiarle esas costumbres, hasta lograr que ese hombre se le entregara en cuerpo y alma. Dos meses después de la gran noche de bodas, fue, como todos los días hábiles a trabajar a la oficina como secretaria. No tendría gerente, porque Lamberto había ido a jugar tenis a Viña del Mar. Entró a la oficina, era muy temprano y nadie la esperaba. Se sentó en su destartada silla y comenzó a arreglar algunos papeles en su minúsculo escritorio. Por la escalera de madera subió Hermógenes y apretó el botón y se escondió detrás de la puerta. Lucy dio un salto de alegría y entró a la oficina gritando:

- ¡Pero no estaba en Viña, amor...!

Hermógenes saltó sobre ella y atenazó el cuello de su víctima hasta dejarla sin vida. Cerró con llave todas las puertas y volvió junto al cadáver. Se desnudó y le gritó.

- Ahora serás mía. Seré tu último hombre. ¡Después de mí, la tumba!

Silvia arregla su departamento. Predomina el color rojo en las cortinas y tapices. En las paredes grandes fotos de mujeres desnudas en actitudes libidinosas. Se le nota cansada. Una larga bata de levantarse le cubre todo el cuerpo hasta el suelo. Fuma sin despegar el cigarrillo de los labios. Suena un timbre.

"Ese debe ser el tal Hermógenes. Es un cliente muy puntual, muy extraño, pero paga bien".

Se saca la bata y queda en un vestido transparente que deja ver todo su cuerpo desnudo.

Antes de abrir pega su rezongada:

"Silvia a trabajar. Cuándo tendré unas vacaciones. Creo que muy pronto cambiaré de giro. Tantos hombres me están dejando el cuerpo en la ruina. Menos mal que este vestido está especialmente hecho para subirme los caídos y ha hecho furor. Y estas medias, agarradas con estas tentadoras ligas lo hacen muy bien... tanto que algunos no permiten que me las saque".

Siguen los timbrazos. La mujer ríe forzosamente y abre la puerta y exclama con el escándalo de las mujeres de su oficio:

— ¡Hermógenes querido! ¡Cómo estás mi macho regalón — Lo abraza y le refriega sus senos, pero se detiene al ver a Lamberto detrás de él- ¿No viene solo?

Hermógenes dice en son de disculpa:

— Este amigo mío se entusiasmó tanto

con lo que le conté de tu cahuín, que viene a conocerlo en persona.

— Así será tarifa doble — dice Silvia sin cerrar la puerta de su departamento.

— No te preocupes por la plata. Sirve unos traguitos para que entremos en calor.

— ¿Te gusta todo lo que yo te hago?

— Especialmente "la especialidad de la casa".

La prostituta cierra la puerta.

— Siéntense en el living, mientras les preparo unos tragos.

Lamberto se adelanta y se sienta en el gran sofá rojo. Silvia dice a Hermógenes:

— ¿De verdad que quieres la especialidad de la casa?

— Por supuesto . . y para los dos..

— Eso me va a dejar muy agotada y te va a costar muy caro.

— No te preocupes por la plata. Este tío es un bacán.

— ¿Tiene mucha lana.. ?

— Más de la que te puedes imaginar.

— Entonces les prepararé unos tragos dignos de un magnate petrolero.

Silvia entró a su cocina-bar. Hermógenes se reunió con su amigo. Este le preguntó, molesto:

— ¿Qué significa esto, Hermógenes? Me dijiste que vendríamos a conocer una mujer muy especial.

— Y ¿te parece mal esta maraca? — Lamberto lo mira sin comprender—. Mejor es

que te guste. Es una empresaria muy competente. Dueña de este departamento, en el mejor edificio de maracas del centro. Maneja un negocio con un pasivo muy activo. Como decía mi abuelo: un poto bien administrado da más plata que un fundo. Y ésta tiene un cajero automático que atiende día y noche. Es cuestión de introducirle la tarjeta.

— Pero en fin... ¿Por qué estamos aquí?

— Estamos en este cahuín, porque esta maraca es tu nueva pierna.

— Desde que saliste de la cárcel, hablas casi todo en coa y yo quedo más colgado que ampolleta de árbol pascuero. Dime ¿Qué significa maraca?

— Prostituta...

— ¿Y cahuín...?

— Prostíbulo...

— ¿Y pierna...?

— Mujer...

— ¿Mujer...? ¿Esta es la nueva mujer que me propones? — Hermógenes confirma con leve movimiento de cabeza—. ¿Yo casarme con una ramera? ¡Yo, un gerente!

— ¡Tú no eres nada! ¡Humanoides! Hace un año que estás viudo y nadie se ha querido casar contigo. Y necesitas casarte luego. ¿Por eso me llamaste, no? Yo estaba preparando la eliminación de una infiel en Arica. Y necesitas casarte porque estás nuevamente en la banca rota. ¿Cómo lo haces para gastar tanto dinero y no ganar nada? Esta hembra es el ideal para mis planes.

— ¡Claro...! ¡Tú enloqueces por matarla!

— ¡Tiene un cuello pecoso que me hace aullar!

— Pero el que se va a casar soy yo. Yo tendré que soportar a esta puta en mi cama. Esta mujerzuela debe estar acostumbrada a varios hombres al día.

— ¿Te asusta su capacidad amorosa?

— Los hombres de negocios sufrimos muchas tensiones. En los Estados Unidos a los ejecutivos de grandes empresas les exigen que se abstengan de hacer mucho el amor...

— Por eso no te preocupes .. Yo te ayudaré con esa tarea de mantener tranquila a la Silvia.

— ¡Ahora me pides que sea un alcahuete para que tengas una meretriz gratis!

— Vamos no seas fijado. Mira que yo ardo por estrangularla pero yo solo mato a mujeres casadas y esta condenada es soltera.

— ¿Pero si me infecta con el SIDA? He leído que las mujeres públicas están en el grupo de mayor riesgo.

— No creas todo lo que lees y escuchas en la radio y la televisión. Esas son noticias muy manipuladas... Por otra parte, sólo los tontos se contagian con SIDA. — Le entrega una pequeña cajita de cartón disc. etamente forrada—. Toma .. aquí tienes seis condones. Son de los más caros.

Silvia entra al living trayendo una bandeja con los tragos. Les ofrece con amplia co-

quetería usada en esos ambientes, como agarrones a los genitales y muchas risitas histéricas.

— ¿Qué tal el traguito?

— Como hecho por mano de monja — dice Hermógenes.

— Como se debe servir a un santo como tú — le dice Silvia.

— Eso — responde Hermógenes— ¡Yo soy tan puto!

Silvia se sienta en el sofá junto a Lamberto y le pone una pierna sobre sus rodillas y dice:

— Bueno... suelten los billetes. En mi casa primero se paga.

— ¿Estilo autoservicio?

— Platita en mano...

— Potito en el suelo.

— Eso es a gusto del cliente...

Hermógenes le dice a Lamberto

— Paga... Tarifa doble...

— Extenderé un cheque...

Silvia saca su pierna de las rodillas de Lamberto y dice disgustada:

— No seas latoso. A estas horas no puedo pedir informes bancarios y no pretendo atender a dos gallos, por las puras berenjenas...

Hermógenes zanja la dificultad diciendo:

— ¡Non preocupare! — Saca un manojo de billetes y pasa unos cuantos a la mujer. — Yo siempre ando cargao al hediondo. Y además

conozco tu tarifado — agrega otro billete diciendo- y esto va por la especialidad de la casa.

— ¡Cochino! — le dice cómplice Silvia— Espérenme voy a traer otros traguitos...

Silvia entra a la cocina. En un lugar secreto debajo del lavaplatos tiene su caja de fondos. Guarda allí los billetes. Vuelve al living con nuevos vasos de tragos. Hace funcionar su equipo estereofónico con música muy sensual y nuevas caricias. Unas luces con destellos de varios colores manchan sus rostros. Baila con ellos dos.

— ¿Están muy apurados o quieren que les haga un striptéase oriental? El striptéase es pago en dólares.

Hermógenes es el más lanzado en las caricias, le dice:

— Todo eso queremos de ti... y mucho más... pero antes debemos hablar...

— Aquí, mijitos, ustedes pueden hacer lo que quieran...

— Tenemos que hablar contigo. Por eso primero apaga la luz de fantasía y esa música calentona.

Silvia hace lo pedido y dice:

— Y bien, hablen. Dentro de la hora que les tengo reservada, pueden hacer y hablar lo que quieran, algunos de mis clientes no pasan la hora en la cama conmigo. El Richard, por ejemplo, gasta mucho tiempo contándome chistes colorados. El Pedro pela a su mujer y a su suegra. Otros me hablan de

política. En fin la variedad es infinita. Ayer vino uno que quería ser torturado. Yo le dije que se había equivocado de domicilio — Silvia como había sido informada que Lamberto era el magnate, se apega a él y le dice besando:— ¿Cuál es el caso tuyo rico? Porque al Hermógenes ya le conozco todas sus pifias...

— Yo soy hombre de empresa — le dijo Lamberto — .

— Y queremos proponerte un buen negocio — le informa el otro — .

— No necesito socios. Mi empresa marcha muy bien.

— No se trata de eso.

— Tampoco necesito protección — dice la mujer y agrega amenazante y misteriosa a la vez— Se asustarían si supieran quién me protege.

— Tampoco va por ahí nuestro asunto. Queremos proponerte un buen negocio, eso es todo.

— Mi negocio es camestre. Allí en ese ring no tengo competencia. Vamos y verán lo que es bueno, cuando son tres en la cama.

— Primero escucha nuestra proposición — insiste Hermógenes — .

— Primero vamos al ring.

— ¡Primero escucha...!

— ¿Qué te pasa Hermógenes? Se te dió vuelta el paraguas y por eso has traído a este amiguito tuyo?... Bueno si es así la cosa podría haber empezado por ahí. Quién soy yo

para censurarlos. Hagan lo que quieran. Será divertido verlos. Pueden usar mi cama o el sofá. Tienen una hora para disfrutar sus fantasías – Consulta su reloj pulsera – Bueno... No tanto, porque ya hace quince minutos que entraron por esa puerta. Aquí los minutos valen oro.

Hermógenes la acaricia y le dice calmándola:

– ¡No te preocupes por los minutos y la plata! Eso sobra. Por eso primero debes escuchar nuestro negocio.

– Bien... bien... veamos esa proposición comercial.

– Mi amigo Lamberto...

Silvia al escuchar el nombre mencionado lanza una estridente carcajada y para las piernas por el aire. Dice sin poder contener la risa:

– ¡Qué manera de cagar a un hijo! ¡Cámbiate el nombre gil!

Hermógenes también se acopla a esas risas y dice:

– De verdad que es bien ridículo ese nombre. Cámbiatelo por el de Pánfilo...

– Así me lo puso mi madre y no me lo voy a cambiar a estas alturas de mi vida.

– ¡Otra vez tu mamacita! – Dice Hermógenes y se sienta junto a la mujer. Sin dejar de acariciar el cuello, le susurra como queriendo decir "quiero estrangularte" – Mira... mi amigo, quiere proponerte matrimonio.

La prostituta se asombra:

— ¿Qué...? ¡No estí...!

— Lamberto quiere casarse contigo por unos meses...

— ¿Yo casarme con este pelota...?

Hermógenes habla fascinado mirando y acariciando ese cuello.

— Sólo por un corto tiempo...

— ¡Nica...!

— No lo tomes como una ofensa personal...—Silvia le mostró sus garras y dijo despectiva:

— Soy una mujer liberada del tutelaje paternal, matrimonial y religioso. Le estoy sacando plata al cuerpo hasta hacerme millonaria y retirarme. Pondré una respetable Boutique a señoras muy respetables y yo seré una mujer respetable. Porque jamás soportaré que unos pantalones con testículos me vengán a mandar. ¡Chanta la moto po' ganso!

— Nada de eso pasará si te casas con mi amigo. Será un matrimonio por conveniencia.

— A ver... Aclárame el asunto. Sólo por curiosidad... Mira que casarme con éste.

— Si él tampoco quiere casarse.

— Entonces no entiendo nada...

— Lo que pasa es que quieren casarlo con una tonta de la alta sociedad que dejó embarazá, pero él no quiere atarse para siempre a esa gansa.

Silvia mira de reojo a Lamberto y le dice:

— A tú edad... que te pase eso... ¡Pero si

eres más pelota que el que corrió solo y llegó segundo!

Hermógenes siguió desarrollando su historia:

— Y para huir de esa situación tan poco simpática, lo mejor es que se case rápidamente con una mujer como tú. Te imaginas el escándalo social. Pasado unos meses tú firmarás la separación legal, sin ningún problema. Claro que tendrás que dejar tu cahuín por un tiempo. Te servirá de vacaciones. Te garantizo unas vacaciones a todo lujo.

— No tengo tiempo para vacaciones. Este cahuín debe completar su meta.

— Mi amigo te pagara muy bien... Podríamos fijar una cuota mensual de dos millones mensuales. Al firmar la separación tendrás otros diez millones ¡chin, chin!

— ¡Pintas bonita la cosa!

— Así será. Claro que junto con la boda vendrá una separación de bienes... comprendes... aquí hay mucho oro en el juego...

— No te disculpes... Todo lo contrario... Yo creía que ustedes andaban detrás de mis ahorros. Eso de la separación de bienes me parece muy bien, porque yo no estoy dispuesta a entregar mis ahorros a ningún vago.

Hermógenes continúa con su exposición:

— Además habrá un seguro de vida para ti y otro para él. Serán beneficiarios uno del otro.

— Entonces el asunto es peligroso. Hasta aquí no más llegó el asunto, mijito.

— ¡No hay peligro alguno! ¡Te lo juro! Son las condiciones normales, en estos momentos, cuando una pareja contrae matrimonio, en las esferas sociales y económicas donde se maneja mi amigo. Por otra parte, este matrimonio no te obliga a hacer el amor con él. Si no quieres. Yo puedo llenar ese vacío.

— Por lo que veo, tú quieres cachetearte conmigo, matiné, especial y noche...

— Sólo si lo necesitas. Pero este matrimonio te obliga a vivir en su magnífica mansión de Providencia. Recibir a los amigos de tu esposo, dar fiestas y pasar por una esposa algo escandalosa en el living... pero muy fiel en la cama...

— Eso de fiel me va a costar mucho...

— Yo estaré para ayudarte...

La prostituta apretó fuerte las manos de Hermógenes sellando ese pacto tan ventajoso y le dijo:

— ¿Y cuándo debo casarme con este aturdío?

— Lo más pronto posible. Mañana mismo, si no tienes inconvenientes. Inmediatamente que hayas firmado frente al juez, tendrás tu primer cheque por dos millones. Yo te los garantizo.

— Okey — dijo ella muy alegre—. Creo que me vendrá bien un descanso. Y para cerrar este negocio vamos a disfrutar los tres de la

"especialidad de la casa"... Vamos, señores... Sánquense los pantalones. "La especialidad de la casa" es como Dios nos echó al mundo!

Silvia, en realidad necesitaba esos dos meses de descanso, ahora se le ve relajada y mucho más joven. Pero como no hay plazo que no se cumpla ni tirano inmortal, Hermógenes exigió su víctima. Esta noche sería la indicada. Lamberto no aceptó la orden del exterminador, sino que lo espera con revólver en mano. Silvia está viendo televisión en su amplia cama francesa. Los policías yanquis intercambian furiosos balazos con los bandidos. Tiene a todo volumen el canal de audio, así que no escucha nada de lo que acontece afuera.

Lamberto sale al jardín. La noche es cálida. Mira su revólver y juega a sacarlo rápido y disparar. Ve llegar a Hermógenes. Guarda el revólver en su chaqueta y sale a recibirlo. Hermógenes le dice áspero:

— ¿Qué haces aquí? Te dije que estuvieras fuera de Santiago, mientras la mataba. ¿Salió la empleada?

— No permitiré que mates a mi mujer...

— Pero si es Silvia... la puta.

— Eso era antes...

— ¿Olvidas la "especialidad de la casa"?

— Eso era antes. Ahora es una dama. Yo la amo. Por fin encontré el amor... Es algo extraordinario lo que me pasa... La amo... La amo... No podría vivir sin ella... ¿Y yo que me reía de los poetas!

Hermógenes ríe sarcásticamente y dice:

— ¡Mira si es cruel la vida...!

— Por favor mañana deposita otros dos millones en la cuenta de Silvia.

— Me crees, pelota! Ya me debes cuatro millones. Dos que deposité en la cuenta bancaria de ella y otros dos millones que has gastado en tu luna de miel y la mantención de tu estatus, mientras yo muero por matarla. ¿Dónde está ella?

— No lo sé.

— ¡Bien bonita la que aprendiste! ¿Crees que soy un piola? Debe estar viendo televisión y a todo volumen, como es su costumbre. Desde aquí escucho el bochinche. Tú anda a tu bar favorito. Que todos te vean, dentro de una media hora. Yo la mataré en unas dos o tres horas más... y terminaré con ella al amanecer...

— No le hagas eso. No me la mates... te lo suplico, por lo más sagrado...

— Lo más sagrado es mi Dios... y él me ordenó exterminarla esta noche antes que salga el sol.

— No te atrevas a tocarla, mira que es lo único que tengo en la vida...

— Se acabó el tiempo... ya te conseguiré otra loca, siempre que tú la mates... Además necesito que cobres el seguro. Nuestra Cruzada necesita más fondos, si no voy a tener que hacer una teletón...

— No vengas con esas chanzas en este momento tan crítico.

— Te hablo en serio entonces. Nadie me impedirá matarla. He puesto todo mi ingenio, mi talento y mi dinero por apretar ese cuello pecoso y todo lo demás...

— Dame un mes para pagarte. Yo buscaré dinero. En último caso se lo pediré a ella. Silvia me ama y entenderá todo. Te lo imploro por nuestra vieja amistad.

— Tú súplica me llega al alma. Pero necesito matarla, ahora... Ese fue nuestro trato. Yo cumplí con mi parte... Ahora te toca a ti.

— ¡No lo permitiré!... ¡No lo permitiré!
— Grita enloquecido Lamberto, sacando una furia que nunca antes nadie le pudo creer ni jamás sospechar— ¡Antes te mató! ¡Antes te mató!...

— Anda a tu bar favorito, estúpido... ¡Voy a matarla!

Hermógenes se encamina hacia la casa.

Lamberto sigue rogando y gritando desesperado:

— No vayas... No vayas... Es lo único que amo en la vida... ¡No me la mates!

Hermógenes no le hace caso. Lamberto saca su revólver y corre tras él, disparando tres veces. Hermógenes cae herido mortalmente entre unas rojas rosas.

Silvia no se da cuenta de lo que ocurre en el jardín, pues la balacera en la televisión es infernal.

Lamberto se acerca al moribundo:

— Lo siento amigo. Tú me obligaste. Yo la amo tanto. Por eso tuve que dispararte y

ahora te voy a rematar... El amor que siento por Silvia es muy grande.

Hermógenes extrae un revólver y antes de morir dispara dos tiros en el pecho de Lamberto. Ambos mueren uno sobre el otro.

Una mañana Silvia corta dos rosas rojas, donde murieron los hombres, y las lleva al cementerio. Vestida de riguroso luto, con una larga falda que le cubre del cuello a los pies, llega a la tumba de Lamberto. Le ofrenda una flor roja con unción. Luego va a la tumba de Hermógenes y coloca la otra rosa y habla al muerto:

— Gracias por el negocio que me propusiste. Gracias a ti no volveré al cahuín. Acabo de cobrar el seguro, soy una viuda millonaria. Adiós malvado asesino.

Silvia sale del cementerio y entra a un elegante auto. El chofer un hombre joven y apuesto le dice:

— ¿Terminaste con ese lío del cementerio?

— ¡Sí! Me vine a despedir de dos hombres muy importantes en mi vida. Me enseñaron mucho. Uno incluso murió por mí. Pobre Lamberto. Pobre ingenuo.

Se saca la gran falda negra y queda en una escandalosa minifalda negra y una muy juvenil y escotada polera roja. Dice, tratando de reírse de una horrible pesadilla:

— ¡Ahora, dale negro! ¡Vamos a divertirnos a Viña del Mar o a cualquier parte, mientras tenga plata! No sé cuántos días me quedan de vida. Así que a gozar hasta que se me acabe la plata o la vida!

LA BODA

EL JUEZ y su ayudante, este último cargando los grandes libracos del Registro Civil, entraron al espacioso salón, que exhalaba aires de elegancia de hace un siglo. El curvado juez llegó al centro del lugar y preguntó:

— ¿Aquí...? ¿En este recinto se va a celebrar la boda...?

— ¡Aquí! — respondió Alba, con un tono autoritario.

El juez civil miró unos segundos a esa mujer, escrutando su altanera apariencia, y luego dio un rápido vistazo al resto de los asistentes a ese acto. Eran una docena en total. Todos mayores de edad, menos un muchacho que lo miraba con ojos saltones, rostro pálido y sudoroso; con manos temblorosas ajustaba la corbata azul con pintas rojas, como quien acomoda a su cuello la sogá antes de ser ejecutado.

En una vieja silla negra, estilo imperio, se sentó el juez, lanzando un leve suspiro.

El ayudante abrió los libros y los dispuso en forma tal que su jefe, sin el menor esfuerzo, pudiera inscribir los nombres de los contrayentes y testigos. Sonrió a la expectante concurrencia y dijo con aire solemne:

— Que avancen frente al señor juez los novios. Primero el novio.

El nervioso muchacho de la corbata azul con pintas rojas dio unos pasos vacilantes y quedó clavado como estaca.

— Ahora, la dulce novia.

La más anciana de todas las mujeres presentes, vestida a la usanza de unas cuantas décadas pretéritas, avanzó hasta colocarse al lado del muchacho. Lo miró con ojos soñadores y luego con gran nerviosidad y dignidad dirigió su vista hacia el juez. El ayudante estuvo a punto de lanzar una ruidosa carcajada, pero su profesionalismo no se lo permitió. Tras un leve silencio, tragando su risa, dijo:

— Ahora que los testigos se pongan junto a los felices novios — y otra vez estuvo a punto de reventar. Tapó sus labios con un pañuelo que llevaba en el bolsillo superior de su chaqueta.

Una mujer de unos treinta años y un hombre algo mayor, vestidos según el último grito de la moda de los Mercados Persas, cubrieron los flancos de los despo-

sados y pusieron caras de importancia y seriedad acartonada.

El juez, que había estado enfrascado en los libros, levantó el rostro. Sus ojos parpadearon como dudando de lo que realmente veían. En su prolongada vida de funcionario del Registro Civil, y ya a punto de lograr la tan ansiada jubilación, había unido a muchas personas de edades muy disímiles, pero la diferencia en esta ocasión le pareció excesiva, especialmente por las características del novio. Preguntó:

— ¿Quién es el novio...?

— Yo... — respondió, casi sin voz el muchacho, secándose la transpiración con un percutido pañuelo de narices.

— Y la novia...?

— Yo... — respondió la anciana.

El juez miró asombrado a la pareja y dijo:

— ¿Qué edad tienes, muchacho...?

— Diecisiete...Usía...

El juez cerró de un golpe los libros. Miró a todos los asistentes y con dura autoridad dijo:

— ¡Tengan la bondad de salir todos de este recinto! Todos, menos la novia y mi secretario. Necesito hablar a solas con la novia.

— ¡Pero...! — trató de protestar Alba.

— ¡Nada...! ¡Obedézcanme! ¡Todos afuera o yo no celebraré esta boda!

Fastidiados los testigos y los asistentes,

la madre y el novio se dirigieron al comedor. Alba trató de minimizar lo ocurrido y ofreció vino tinto y sambuches de jamón barato.

El juez, con leve movimiento de manos, indicó a la anciana que tomara asiento, mientras su secretario se ubicaba en un alejado rincón. Ella obedeció muy turbada. El magistrado la observaba de hito en hito. La anciana carraspeó un poquito, miró al juez fugazmente y volvió a jugar con los encajes de su antiguo vestido, que un día lució ufana bailando valeses y tango.

En el comedor Enrique, el novio, enfrentaba a su madre:

— ¡Ves...! ¡Tal como te lo dije...!

— Yo también te lo advertí...! — dijo Gilberto.

— ¡Tú, te callas!

— No me hagas callar... recuerda que soy tu marido.

— ¡Así será...! ¡Pero de esto no entiendes nada...!

Alba miró amenazante a su hijo. Enrique tembló, como hoja seca que arranca el frío viento otoñal, al recordar las cientos de veces que ha sido torturado por su madre. Ella sabe que le basta mirarlo con esos ojos crueles para obtener una ciega obediencia y manejarlo a su gusto y provecho.

El juez seguía observando a la anciana, ésta, muy incómoda, le preguntó:

— ¿Qué pasa, señor juez? ¡Usted no quiere casarme...?

— ¡No!

— Y se podría saber ¿por qué? ¿Soy mayor de edad, no?

— ¡Demasiado!

— ¿Qué quiere decir con eso...?

— Que su novio es menor de edad... es un niño...

— Pero, Alba... su madre, da la autorización...

El juez se sienta frente a la anciana. "Qué puede decirle..."

En el comedor los comentarios eran de variados colores:

— El asunto se puso hediondo de feo para la Alba.

— El juez no le va a permitir que se apodere de esta casa.

— Pero el más codicioso es el Enrique. Y todo le pasa por no querer trabajar como Dios manda y ponerse a cafichar viejas platudas.

— El Enrique, si fuera inteligente, se casaría con la Rosario. No es porque yo lo diga, pero mi hija es muy hacendosa y hará feliz a cualquier hombre que se case con ella.

— Especialmente en la cama.

— Y eso que tiene de malo, primo, a mí no más salió..

— Es mejor que ese cabro no se case. No sirve para nada.

— Pero el que perdió de frentón fue el Gilberto. Se las dio de buen padrastro y gastó de lo lindo para el casorio. Le compró ese terno que lleva el Enrique y pidió fiao en el almacén de la esquina, todo esto que se ve en la mesa. Se encalilló por varios meses el tonto gil:

— A propósito de eso, métale diente a los sambuches, comidas y tragos, hermanita, antes que se arme la grande y la Alba nos mande cambiar con pitos y flautas..

— Harto vieja está la casa..

— Está más ruinosa que la dueña...

— Es cierto... muy cierto... pero tienen dos pisos y quince piezas de arriendo.

— ¡Claro...! Debe dar unos buenos pesos en arriendo al mes... Como para tirarse de guatita al sol, mientras corren los días y esperar no más que llegue el nuevo mes y que los giles empiecen a pagar.

— Y el barrio es medio elegante.

— No era mala la idea... pero yo creo que todo ya se fue a la cresta!

El juez trata de ser amable con la anciana. Le pregunta:

— ¿Cómo se llama usted...?

— María de los Angeles.

— ¿Qué edad tiene...?

— Ochenta años cumplidos -dijo María de los Angeles algo molesta.

— Al mirar este bien conservado salón, me imagino que esta casa es suya ¿verdad? - Ella confirmó con movimiento de cabeza. -

¿Entre los asistentes a su boda... hay parientes suyos? — volvió a negar sin palabras—
¿Tiene parientes?

— Soy una mujer solitaria y ahora, que puedo tener una familia, usted no quiere casarme.

— Yo tengo la obligación de defenderla...

— ¡Yo no se lo he pedido!

— Pero es mi obligación. Tiene que entender, señora. Ese muchacho pretende casarse con usted sólo por interés...

María de los Angeles se tapó los ojos y su cuerpo sufrió un leve temblor.

— Perdóneme, señora... no quise afenderla...

— ¡Pero lo hizo...! -un hermoso pañuelo, bordado con la paciencia femenina del pasado, recibió las lágrimas de la novia. -¡No tiene derecho a ser tan cruel...!

— Tengo la obligación de defenderla de ese codicioso muchacho.

— La madre es peor...

— ¡Ve...!

— Pero Enriquito es tan tierno... tan dulce. Es verdad que es ambicioso... torpe... ignorante... pero tierno... Yo le estoy enseñando canto y piano... Aquí pasamos noches de canto y tertulia. Hace como un año que llegaron. Yo les arriendo una pieza en el segundo piso... al fondo... son muy pobres... Yo arriendo muchas piezas. Me he reducido al mínimo. Vivo de esos arriendos.

Mi marido, que en paz descanse, no me dejó nada. Hace treinta años que enviudé... Esta casa la heredé de mis padres. Cuando murió papá quedó una considerable fortuna, pero poco a poco se fue yendo todo, así como mis hermanas y mis parientes más cercanos. Ya ni mis amigas vienen a tomar el té, porque no puedo comprar ricos pastelitos. Cuando era joven, este salón estaba siempre lleno de risas, bailes y cantos. Yo tocaba el piano y cantaba... Y luego la soledad y el silencio... Antes de que llegara Enriquito me sentaba en este sillón en la oscuridad, recordando esos días y esas noches luminosas, y retornaban a mis oídos esas risas, esos sonidos tan armoniosos de los bailes de mi juventud... tangos... valeses... boleros... Todas esas melodías y compases salían de los discos que tocaban esa vieja vitrola que ve allí, y que ya no funciona.

— Estos cuadros al óleo... ¿Son retratos de parientes suyos?

— Ese señor de negro es mi padre. Fue pintado hace un siglo. Tenían lindos bigotazos los hombres entonces. La señora de gran escote es mi madre, también pintado por esa misma fecha y por el mismo pintor. Tenía una serena belleza... Los otros son retratos de unas tías y mis hermanas, yo soy la menor de todas. En el mausoleo familiar están esperándome, pero yo salí dura de roer. Este lugar pesa demasiado sobre mis hombros. Mis únicos acompañan-

tes son dos gatos y un perro faldero. Y ahora, cuando puedo escapar de esta terrible soledad, usted no quiere casarme.

— Esta boda es una trampa que le ha tendido esta gentuza para quitarle su casa. Yo tengo la obligación de...

— ¡Señor juez, todavía estoy lúcida! Tengo ochenta años, pero todavía me manejo bien. Cobro los arriendos, pago la luz, el agua y las contribuciones personalmente. Pronto moriré y esta casa no tendrá heredero, ni quien me entierre. Yo quiero dejársela a Enrique.

— Entonces, vaya a una notaría y haga un testamento a su favor.

— ¡Y perderme mi segunda boda! ¡Mi segunda noche de miel! ¡Ni pensarlo! Alba es una mujer ambiciosa y está dispuesta a servirme mientras yo viva.

— ¿Entonces, considera ventajosa esta boda para usted?

— Por supuesto. Por otra parte... dígame, señor juez... y sin mentir... ¿le gustaría casarse con una bonita muchacha de diecisiete años?

El juez carraspeó incómodo.

— Cáseme, no más. Daría dos años de la escasa vida que aún me queda, por ver las caras de asombro de mis amigas cuando se enteren. Ellas van a decir que soy una vieja tonta, estúpida o loca. Pero yo me daré un gusto que muy pocas mujeres se pueden dar a mi edad, y que ellas ni siquiera

se atreven a soñar.

— Pero este novio suyo y sus parientes... son gente de baja condición social.

— ¡Ya lo sé...! Y qué importa: ¿Cree que un muchacho de mi alcurnia se casaría conmigo y me protegería y su madre se convertiría en mi sirvienta?

— No lo sé... No lo creo...

— ¡Ve! Por eso pedí un juez a la casa, para que me casara en privado. ¡No quiero que se mofen de mí... ni de él!

— ¿No está bajo ninguna presión...?

— ¿Presión...? No lo entiendo...

— ¿Esa gente la tiene amenazada de muerte si no entrega su casa y sus joyas a través de esta comedia de la boda?

— ¡Por favor, señor juez, yo no me prestaría para tal cosa! Es verdad que son unos rotitos ambiciosos, pero no creo que tengan las agallas ni la inteligencia para tramar algo así. Señor juez, deme esta alegría cuando ya tengo un pie de la tumba. Todavía estoy lúcida, gracias a Dios. ¡Por favor, no se oponga! Quiero vivir esta aventura, mientras soy dueña de mis actos, porque si no llega luego la muerte y sigo sola, ¡no sé en qué asilo voy a terminar mis días...!

El juez se emocionó con esa dramática solicitud y dijo:

— Bien... Bien señora María de los Angeles. Vaya al comedor y dígame a su novio que venga a verme.

— Trátemelo suave... Es muy sensible y

muy tierno... Yo lo quiero...

— Se lo prometo.

Alba acompañó a Enrique hasta donde el juez y dijo:

— Señor juez, tengo que hablar con usted... Somos pobres pero honrados y...

— ¿Quién es usted, señora?

— La madre del novio. El padre del niño está muerto. Soy casada en segundas nupcias. Yo puedo autorizar a mi hijo a casarse por ser menor de edad. A falta del padre yo puedo hacerlo y...

— ¿Y usted lo autoriza...?

— ¡Sí, señor!

— Bien. Entonces no tengo nada que hablar con usted. Déjenos solos...

— ¡Pero...!

— ¡Nada! ¡Nada! ¡Cierre la puerta detrás de usted y punto!

El juez examinó de arriba abajo al muchacho. Enrique tragó saliva y apretó su corbata azul con pintas rojas al cuello de la blanca camisa, con sus manos ásperas de obrero, bajó los ojos ante la inquisidora mirada del viejo funcionario. La voz del juez sonó amenazante:

— ¿Por qué deseas casarte con esa pobre anciana?

— Doña María de los Angeles no es ninguna pobre anciana! Es toda una dama. Ella quiere que yo sea su heredero y mi madre está de acuerdo.

— Y era que no! ¡Tú y tu madre son

unos ambiciosos... unos descarados! ¡No permitiré que le hagan daño a esa pobre vieja ilusa!

— ¡Yo soy un hombre honrado! Soy ayudante de mi padrastro. Todos los días le damos duro a la mezcla y a los ladrillos. Yo me gano mis buenos pesos y además estudio de noche. Cuando termine la secundaria, entraré a estudiar computación.

— Entonces, sigue con eso... Y cuando seas un profesional te casas con una muchacha joven que te dé hijos y los placeres carnales de la juventud.

— Doña María me quiere mucho. Me enseña canto y piano. Mi mamá dice que es una gran dama y que me ayudará mucho a conseguir lo que yo quiera...

— ¡Bien...! ¡Bien...! Te sabes las respuestas al dedillo. Los casaré ya que esa anciana también lo desea. Pero tienes que prometerme que protegerás a esa mujer que pone en tus inexpertas manos los pocos años que le quedan de vida.

— ¡Se lo prometo, señor juez!

— Está bien... Confío en ti. Que venga la novia... los testigos y todos los demás. ¡Y que Dios se apiade de nosotros!

El juez dijo su rutina de siempre, sin ningún entusiasmo, bajo la burlona mirada de su secretario. Se pusieron los anillos; delgadas láminas de oro de dieciocho quilates, estampadas con los nombres de ellos. Unos rosados labios llenos de juventud se

unieron a unos arrugados y que a falta de color propio, estaban pintarrajeados al rojo vivo. Así quedó sellado legalmente el matrimonio.

Volvió la alegría al comedor y al viejo salón. Corrió a destajo el vino y se destapó la consabida botella de champaña. "El champañazo de los casorios". Entre los comensales, ahora ya enfiestados, empezaron las preguntas fuera de tiesto:

— ¿La doña estará virgen?

— Y si no, ¿a quién va reclamar el novio?

— La doña se va a ir de espaldas cuando le vea su respetable "personalidad". Porque la Rosario dice que se gasta "una" ¡que da miedo!

— Lo que yo me pregunto es: ¿podrá o no podrá encontrar la cosa rica entre tantas arrugas?

Alba, radiante, ofreció bandejas de sambuches y litros y litros de vino. Muy luego los asistentes se pusieron a cantar y bailar cumbias. Doña María de los Angeles se estusiasmó con esa alegría poblacional y bebió sin freno. Los novios fueron forzados a bailar un vals. Ella obligó a su esposo a cantar una canción italiana muy antigua que le había enseñado, y por supuesto lo acompañó tocando el piano. Pronto se agotaron los cigarrillos. Enrique echó manos a unos ahorritos y fue a comprar unas cuantas cajetillas para ofrecer a sus invitados. Al

volver se detuvo un instante y miró la vieja fachada de dos pisos. Los últimos rayos de sol la iluminaban.

"Por fin tengo casa propia. Nunca más ningún desgraciado me echará de la pieza porque no hemos pagado el arriendo".

Junto a él pasaron un par de chiquillas de su edad y que vivían en la misma cuadra. Lo miraron burlantemente y una le cantó agresiva:

— ¡Con que te vendes eh. . . noticia grata!

Y se alejaron riéndose.

"¡Ya empezaron! ¡Ya empezaron! Nunca podré traer amigos a mi casa. Tendré que olvidarme de los que tengo y hacer otros... pero a esos no los voy a traer a mi casa. Mi prima Rosario ya me entenderá. Comprendo que por ahora no quiera verme ni en pintura, pero ella sabe que me voy a casar con ella cuando se muera la vieja. Se lo tengo jurado y yo soy de palabra. Muy luego se le va a quitar el enojo y nuevamente estaremos encatradós en nuestro hotelito y yo la haré feliz como a ella la gusta... Por fin tengo una casa propia. Debiera estar feliz... pero no lo estoy... ¡Tengo ganas de llorar y vomitar!

A medianoche se fueron los últimos invitados. Gilberto se ofreció para ir a dejar a su suegra a la lejana población donde vivía. Ella decía que una mujer honrada de sesenta años no podía andar sola a esas horas por las calles y menos en su población. Al-

güen le hizo una broma de la cintura para abajo y la suegra, que gustaba de esas chanzas, contestó que eso podría pasar, y le gustaría que pasara, si encontraba un viejito con plata, ya que era viuda pero no fanática. Todos se retiraron muy contentos, muy borrachos y muy rellenos de tanto comer. Se habían desquitado de lo lindo por muchos días de hambre pasados y por venir.

Alba, muy agotada, se acostó y pronto entró en un profundo sueño.

Los recién casados arribaron a la gran cama matrimonial, que ya había conocido las noches amorosas de María de los Angeles con su primer esposo y uno que otro amante, con los cuales nunca llegó a tener relaciones duraderas. Ella estaba muy borracha y somnolienta. Lo besó apasionadamente, hasta donde se lo permitían sus desajustadas placas dentales, pero muy pronto la ganó el sueño y el cansancio y no tuvo energías para consumar el acto conyugal. Enrique tapó las flácidas carnes de su esposa y cerró los ojos de rabia al recordar la tersura de la piel de Rosario. Se metió a la cama y trató de dormir, pero los fuertes resoplidos de su compañera de cama no le dejaban conciliar el sueño. Recurrió a unas píldoras para dormir. Píldoras que tomaba desde el día en que se fijó la fecha de la boda, y así pudo entrar en un profundo sueño.

En el salón comenzó la tragedia. Un cigarrillo encendido, que nadie advirtió a tiempo, empezó a quemar una pesada cortina de raso de una gran ventana que daba a la calle. Pronto surgió el fuego y se transformó en un voraz incendio, quemando viejos tapices y centenarias maderas artísticamente trabajadas. Las llamas alcanzaron los cuadros de los familiares. Los antiguos dueños de ese lugar se quemaban en su querido salón. Incontrolables llamaradas se extendieron por todos los rincones, puertas y ventanas, vigas y entablados del primer y segundo piso.

Enrique despertó sobresaltado y tras unos segundos se dio cuenta de lo que pasaba. Quiso despertar a María de los Angeles, pero no era posible. Salió al patio, respirando con dificultad. Al ver ese infierno quiso arrancar a la calle, aunque la puerta ardía y parecía infranqueable. Pero recordó la promesa hecha al juez y se metió nuevamente al dormitorio de doña María, la tomó en sus fuertes brazos y la sacó al patio. Ella ahora sí despertó y los gritos y los ruidos del incendio la despejaron totalmente.

— ¿Qué pasa, Enriquito.

— Nos estamos quemando, no ve...

— Hay que llamar a los bomberos...

— Yo lo sé, pero no puede usar la puerta de calle. Veré si puedo saltar a la casa vecina. Usted quédese aquí lo más lejito que pueda de las llamas.

Del segundo piso venían muchos gritos, pero los que más se destacaban eran los de Alba pidiendo auxilio, ya que su puerta se había atascado.

Enrique se cubrió la cabeza con un saco mojado y subió las escaleras, entre humo y fuego gritando:

— ¡Mamá! ¡Mamá...! ¡Allá voy mamá...! ¡No se desespere, yo la voy a salvar... se lo juro!...

Una gran viga ardiendo se desprendió y golpeó el cráneo del muchacho, aturdiéndolo. Rápidamente las llamas consumieron sus cabellos, sus ropas y su cuerpo. Alba también fue alcanzada por el fuego y no pudo escapar.

Desde lejos Gilberto vio las grandes llamaradas, el humo y el ajetreo de los bomberos. Corrió enloquecido hasta llegar donde estaba doña María y algunos arrendatarios. Preguntaba a grandes gritos qué había pasado, ¿dónde estaba Alba?

Nadie le contestó nada. Sólo lloraban o apretaban las mandíbulas frente a ese espectáculo siniestro. Al amanecer, con los primeros resplandores de la luz solar, los bomberos dieron por terminada su tarea. De la casa, tan codiciada, sólo quedaban desnudas paredes negruzcas, como manos de muertos, maldiciendo al cielo.

María de los Angeles dijo, mirando las ruinas, con un rostro calavérico;

— ¡Estoy nuevamente viuda y ahora sin casa! ¡Salió tal como dijo el juez...! ¡Todo esto era una trampa! ¡Una maldita trampa!

SECC. CHILENA

Otras obras publica-
das del autor:

BARRIO BRAVO.

1955. Cuentos.

Ocho ediciones.

**LOS AMANTES DEL
LONDON.**

1960. Novela. Ago-
tada.

EL ULTIMO LUNES.

1986. Novela. Agota-
da.

**LA SILLA ILUMINA-
DA.** 1987. Cuentos.

Agotada.

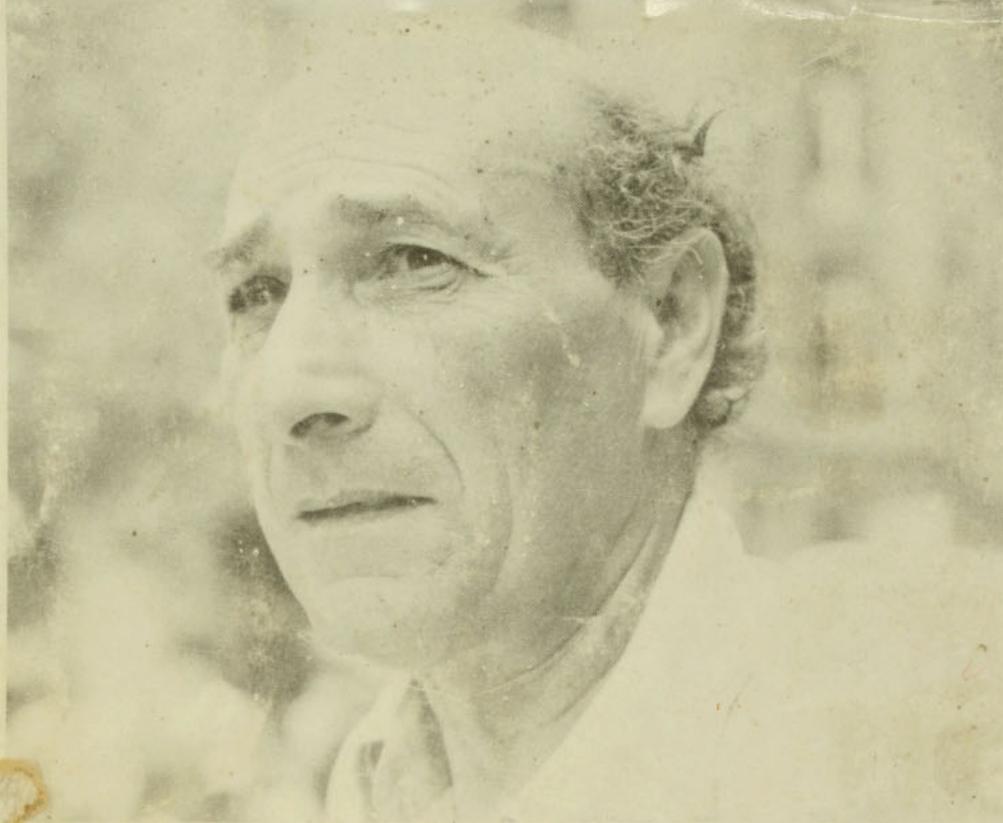
IR POR LANA...

1989. Cuentos.

Caricatura de la por-
tada: MARCO.

Compaginación:
Carmen
Bustamante.

Foto: Luis Cornejo
Bustamante.



IR POR LANA... son cuatro cuentos, cuatro historias diferentes, pero unidas por un factor común: "LAS TRAMPAS". Las trampas que nos hace la vida, o las que nos tienden nuestros enemigos, o las que colocamos nosotros.

La raza humana desde hace miles de años tiende trampas para cazar animales o a sus semejantes.

Esta temática siempre ha estado presente en la literatura y el arte en general. También es parte del juego de la guerra y la política.

La lucha por el poder siempre ha estado y estará erizada de trampas, a veces tan sangrientas.

Después de leer y disfrutar estas trampas, piense en las que usted ha tendido para conseguir amor, dinero, fama, honores y poder... etc. ¿Está conforme con lo que ha atrapado? ¿O fue por lana y salió trasquilado?

LUIS CORNEJO